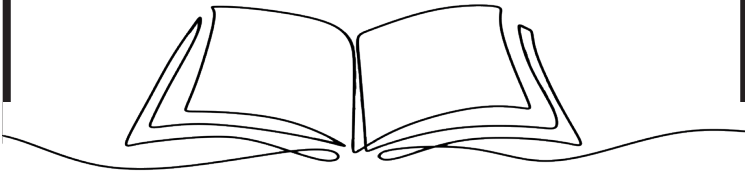


QUIÉN ERES



REFLEXIONES ESENCIALES SOBRE
LA EPÍSTOLA A LOS EFESIOS (II)

Claudio Fuentes Pfeiffer

Quién eres

Reflexiones esenciales sobre la Epístola a los Efesios (II)

Claudio Fuentes Pfeiffer • 2025

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida ni distribuida de manera alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos el fotocopiado, la grabación y cualquier otro sistema de archivo y recuperación de datos, sin el consentimiento escrito del autor.

Todas las citas bíblicas se han tomado de la Santa Biblia, Versión Reina Valera 1960, propiedad de las Sociedades Bíblicas en América Latina.

Foto en la portada de *ngupakarti* en iStockphoto.

Impreso en Chile

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	5
UN NUEVO HOMBRE EN CRISTO	6
La verdadera historia	
Jesús es la paz de los pueblos	
Tienes patria	
CIUDADANÍA.....	23
Crisis migratoria	
La ciudadanía	
Vamos camino a la gran ciudad	
EL TEMPLO.....	32
Narrativa del templo	
Jesús es el templo	
Nosotros somos el templo	
PARA QUE NADIE SE GLORÍE	46
El recorrido perfecto	
Realmente todo es de Él	
Nuestra respuesta a la obra de Dios	
PEQUEÑOS Y AMADOS.....	60
El criterio de la elección de Dios	
Predestinados para ser conforme a Jesús	
No por obras; sí para obras	
Andar en el Espíritu	
POEMAS DE DIOS	77
Somos hechura	
Creación Suya	
Creados en cristo Jesús	
Andando en ellas	

INTRODUCCIÓN

Redescubriendo el viejo tesoro

Jesús les dijo: - ¿Habéis entendido todas estas cosas? Ellos respondieron: - Sí, Señor. Él les dijo: - Por eso todo escriba docto en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas. (Mateo 13:51-52)

¿Qué ha planificado Dios para nuestra existencia? ¿Para qué nos ha salvado? ¿Cuál es el sentido de nuestro caminar cristiano? En este segundo libro de la serie *Reflexiones Esenciales sobre la Epístola de los Efesios*, nos adentraremos una vez más, y con la ayuda de Dios, en la meditación de verdades cruciales y esperanzadoras acerca del Evangelio, las que nos llenarán de gozo en nuestro camino de fe.

Gloria a Dios que ha decidido manifestar estas verdades espirituales a través de esta breve carta, escrita hace dos mil años, por inspiración del Espíritu Santo, a una pequeña comunidad de creyentes ubicada en la actual Turquía. Zambullámonos una vez más en sus breves párrafos, que son como un viejo tesoro fundido, donde de una manera asombrosamente compactada, Dios nos alegra el alma al exponer ante nuestros ojos el maravilloso plan de nuestro Salvador.

UN NUEVO HOMBRE EN CRISTO

Y Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia. (Efesios 2:1-2)

La verdadera historia

El mundo está engañado.

Apocalipsis 12:8 dice que el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, engaña al mundo entero. El engañador, como dijo Jesús, es un mentiroso, ladrón, asesino y padre de mentiras, y mantiene cegado al mundo a través de cientos de narrativas engañosas:

A través de los medios de comunicación, que mienten y cuentan una realidad que no corresponde a la plena y verdadera realidad.

A través de la ciencia, que supuestamente es ejercida con imparcialidad, aunque no lo es, pues es interpretada según los paradigmas de base de cada científico.

A través del esoterismo y de múltiples religiones. A través de las películas, la música, la Internet, las conversaciones, las propagandas, etc.

Y a todo esto Efesios 2:2 lo llama, en una frase, *la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire*.

Es por esta razón que la temática que trata la segunda mitad del capítulo 2 de Efesios, es una que no tiene mayor sentido desde las narrativas del mundo que nos han enseñado desde pequeños, pero sí lo tiene en la Historia de Salvación.

Nuestro llamado, como nuevas criaturas en Cristo, es a renovar nuestra manera de pensar, de acuerdo con lo que dice la Biblia, no de acuerdo con lo que dice el mundo. Por eso, en el presente capítulo me voy a dedicar a contarles la visión bíblica de la historia mundial de los pueblos. Sin este relato de las Escrituras, resulta imposible comprender la belleza del Evangelio expuesta en el capítulo 2 de Efesios.

El relato bíblico puede ser difícil de digerir, pues el mundo nos ha enseñado una historia de la humanidad desde su propia perspectiva. Pero la Biblia nos da la perspectiva de Dios, nos da la Verdad, desenmascarando y desarmando los engaños del diablo.

Por ejemplo, el mundo enseña autoritativamente que la historia planetaria se remonta a millones y millones de años. Pero la Biblia habla solo de miles, no de millones de años.

El mundo predica que el todo surgió de la nada, a partir de una explosión, un gran “bang” emergido a partir de la nada. La Biblia también sostiene que el universo surgió instantáneamente de una fuente de inmenso poder, pero aquella fuente es la Palabra todopoderosa de Aquel que lo llena todo.

El mundo enseña que el ser humano fue troglodita, evolucionando hasta ser cada día más inteligente. La Biblia dice que es al revés: El mejor ser humano, nuestro mejor representante, fue el primero, Adán, creado por la mano de Dios. De hecho, afirma

que los seres humanos de aquella primera época eran en casi todos los aspectos mejores que nosotros. Vivían casi mil años, no eran nada de tontos, ni feos, ni débiles, y tampoco tenían cara de monos. Pero pecaron, cayeron, codiciaron, se apartaron del Creador y fueron condenados.

El mundo sermonea, a través de la teoría de la Evolución, que la muerte es previa al ser humano, pues debieron haber muerto millones y millones de especies antes de que el ser humano llegase a existir. La Biblia, en cambio, dice que no fue así, dice que la muerte entró por el pecado del ser humano, quien es la cúspide de la creación, y que desde ahí se corrompió toda la creación.

Estos temas parecen menores. Incluso muchos cristianos parecen no tener problemas con creer en la Biblia y, al mismo tiempo, en la Evolución. No obstante, basta con reflexionar tan solo un poco en el Evangelio, para comprender que son doctrinas absolutamente incompatibles.

Hagamos un sencillo seguimiento lógico. La Biblia dice:

*El pecado entró en el mundo por un
hombre, y por el pecado la muerte, así
la muerte pasó a todos los hombres, por
cuanto todos pecaron. (Romanos 5:12)*

En cambio, la Evolución dice: Hubo millones de millones de años, con millones de millones de muertes, previo a la aparición del primer homo sapiens sapiens.

Pero si no creo que la muerte entró a causa del ser humano, sino que fue previa a él, entonces tampoco puedo creer que la muerte sea la paga del pecado, la maldición que la caída del ser humano trajo al mundo.

Y si no creo que la muerte entró a causa del ser humano, entonces tampoco puedo creer que “si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los

muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo”. (Romanos 5:15).

La muerte fue vencida por Cristo, el segundo Adán, el Hijo del hombre, porque fue Adán, el primer hombre, el que la dejó entrar. Las llaves de la vida y de la muerte están hoy en las manos de Jesús, lo cual no tiene lógica alguna en la narrativa de la religión de la Evolución. En consecuencia, no se puede creer en la doctrina de la Evolución y, a la vez, creer en el Evangelio de Jesucristo, pues la idea evolucionista se contradice directamente con el núcleo mismo de la salvación.

El mundo enseña de cambios graduales a lo largo de millones de años. La Biblia, por el contrario, enseña de un gran cambio brusco y catastrófico que ocurrió hace unos pocos miles de años: el Diluvio mundial de Noé.

La Biblia enseña que a esa catástrofe mundial solo sobrevivió una familia, la de Noé, con sus tres hijos, nuestros antepasados. De esos tres hijos surgió toda la actual humanidad.

De Sem, todos los pueblos del medio oriente. De Jafet, todos los pueblos europeos. De Cam, todos los pueblos africanos. Todos eran monoteístas, todos sabían que hay un Dios creador de todo, todos vivieron el diluvio. Sin embargo, de acuerdo con Romanos 1, su arrogancia e ingratitud los llevó a la ceguera politeísta.

Las tres familias se corrompieron y levantaron una torre en rebeldía hacia Dios, como una muestra de unión humana contra Dios. Se trataba de Babel, la ciudad de la arrogancia.

Dios podría haber destruido justamente a la humanidad, pero tuvo misericordia, y de ese hervidero de arrogantes pecadores rescató a un hombre descendiente de Sem, que vivía en medio de los caldeos paganos: Abraham. Lo sacó de ahí y le prometió lo siguiente:

*Y haré de ti una nación grande, y te
bendeciré, y engrandeceré tu nombre,
y serás bendición. Bendeciré a los que
te bendijeren, y a los que te maldijeren
maldeciré.*

(Génesis 12:2-3)

Piensen en lo increíble de este pacto de promesa: Toda la humanidad estaba bajo maldición por sus pecados, pero Dios le prometió bendición, y no maldición, a este hombre que vivió hace 4000 años atrás.. ¡Qué inexplicable! ¡Qué privilegio!

¡Imagínense ser su hijo o nieto! ¡Qué bendición!

Pero ¿y qué pasa con todas las demás familias? ¿Qué pasa con la descendencia de Jafet? Están en condenación justa por sus pecados. ¿Y la de Cam? Condenados por su pecado. ¿Y los hermanos y tíos de Abraham, y las otras familias descendientes de Sem? Condenados.

Pero ¿acaso Dios no es misericordioso? ¿Cómo es que no quiso bendecir a nadie más? ¿Cómo es que no eligió a ninguna familia más? A esa altura de la historia de salvación, en la época de Abraham, estas preguntas se encontraban aún sin resolver.

Es que Dios también es justo y, por cuanto todos pecaron, todos están destituidos de la gloria de Dios.

Pero ¿acaso Abraham no era también un pecador mentiroso? Sí, pero Dios puede tener misericordia del condenado que Él quiera.

¡Qué privilegio el de Abraham!

Efectivamente, unos 500 años después, de en medio de todos los pueblos de la tierra, Dios escogió como nación personal y para Su gloria, a Israel, las doce tribus descendientes de Abraham. Los llevó al desierto, se les apareció (¡un privilegio nunca antes visto!), les dio una ley perfecta (¡un privilegio único en

la historia!) y llevó a cabo un pacto con ellos para bendecirlos eternamente (¡un privilegio inusitado!). Aunque había una condición. ¿Cuál? Debían cumplir toda la ley.

¿Y qué pasó con los egipcios? Condenados por su maldad. ¿Y los filisteos y moabitas y amonitas y mayas y aztecas e incas y todos los demás? Justamente condenados por la justicia de Dios, por cuanto todos pecaron y todos están destituidos de la gloria de Dios.

Dios sencillamente tuvo misericordia de Israel porque quiso. ¿Acaso alguien podría acusarlo de maldad si actúa con bondadosa misericordia con alguien y con recta justicia con otros? No, porque la justicia es buena y la misericordia también es buena. Dios siempre es bueno.

Israel fue llevado al Medio Oriente y, por el poder milagroso de Dios, sigue ahí hasta el día de hoy. Los grandes imperios han pasado, los babilonios, los asirios, los persas, los griegos, los romanos, los aztecas, los mayas; todos han pasado, pero esta nación rebelde y pequeña, Israel, ahí está, en el ombligo del mundo. ¡Qué increíble!, ¡Qué bendición!

Los gentiles decíamos: *“Si tan solo pudiéramos ser igualmente bendecidos y obtener las migajas de la bendición de ellos... Pero soy descendiente de Cam o de Jafet, no tengo ni una gota de semita. Soy un perro gentil, que no tiene cabida en la mesa de los hijos de Abraham”*.

Israel se instaló con poder en el medio oriente, y 3000 años atrás Dios les dio un rey llamado David, al cual le hizo una gran promesa, tal como a Abraham y como al pueblo del Éxodo. Le dijo:

*Y cuando tus días sean cumplidos, y
duermas con tus padres, yo levantaré
después de ti a uno de tu linaje, el cual
procederá de tus entrañas, y afirmaré su*

*reino. Él edificará casa a mi nombre, y yo
afirmaré para siempre el trono de su reino.*
(2ª Samuel 7:12-13)

Dios hizo un pacto de promesa con este hombre, así como lo había hecho con Abraham, y con sus descendientes en el Sinaí. Y cuando Dios hace un juramento, un pacto, Él lo cumple. ¿Y qué le promete a David? ¡Resolver precisamente uno de los mayores problemas del mundo, que está lleno de reyes mentirosos y presidentes orgullosos, pecadores caídos, que velan por su propio bolsillo!

Dios le promete a Israel levantar de la casa de David a un Rey admirable, un Consejero, un Príncipe de paz, un Padre eterno, un Dios fuerte. ¡Qué privilegio!

¡Cuánto me encantaría ser de esa familia a la cual Dios prometió darle un Rey eterno perfecto!

Pero no soy de esa familia bendecida. Soy Chileno. Solo soy un gentil. Soy un sudamericano descendiente de Jafet o de Cam, o de quien sea, pero hijo de maldición.

Tal vez somos descendiente de brujos o de alguna tiránica aristocracia europea, o de deportistas africanos, o de obreros centro americanos. En realidad, da lo mismo, porque sabemos que no somos judíos. Somos gentiles, ajenos a los pactos de la promesa, alejados de la presencia del Creador, condenados con justicia por nuestro pecado.

Y el Rey anunciado finalmente llegó, 2000 años atrás.

¿Dónde? No llegó en cualquier lugar, llegó a Israel. El Mesías, Jesucristo de Nazaret, sanó, predicó y consoló. ¡Qué privilegio para Israel! Un privilegio para ellos, pero no para mí, que soy de otra tierra, de otra familia, de otra nación, de otro continente, incluso ¡de otra época! No podríamos estar más distantes de ese evento de lo que estamos.

¡Pero hasta aquí con las malas noticias!

Y es necesario recordar estas malas noticias, porque si no entendemos las malas, no entenderemos las buenas noticias.

Si no entendemos esta narrativa bíblica, no entenderemos el glorioso Evangelio.

Jesús es la paz de los pueblos

En la época de Jesús, un judío, no hablaba con los “perros gentiles” (como les decían), ni menos entraban en su casa, pues conocía su ascendencia especial. Sin embargo, un centurión romano, que entendía perfectamente su “perraje”, y que, por tanto, sabía que los judíos no entrarían en su casa, se atrevió a acercarse a Jesús, pidiéndole que sanara a su siervo a la distancia.

Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe. Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos más los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. (Mateo 8:10-12)

¿Qué?!, ¿qué?! ¿Leí bien?

¿Está diciendo el Mesías judío que ese “perro gentil”, un romano descendiente de Jafet (¡e invasor del territorio!), se sentaría con Abraham en el cielo? ¿Acaso no era ésa una promesa solo para la descendencia de Abraham? Y, además, ¿Jesús está diciendo que un judío podía irse al infierno?

¿Entendí bien?

Pero ¿y los pactos de la promesa que Dios hizo con Abraham y con el pueblo de Moisés y con David? ¿Qué pasó con todo eso?

Así es como llegamos al explosivo texto de Efesios 2:12-16, el que vamos a analizar en lo que queda de capítulo:

En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. (Efesios 2:12-13)

¿Cercano?

¿Yo, chileno sudaca, cercano a Israel? Sí.

¿Y cómo? Por la sangre de Cristo.

La familiaridad siempre implica sangre, implica un nacimiento, implica un linaje.

La sangre de Jesús nos acercó al pueblo de la bendición, de las promesas y de los pactos. ¿Y cómo lo hizo?, ¿qué tiene que ver la sangre de Jesús?

Porque Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. (Efesios 2:14-16)

Detengámonos en estos valiosos versículos:

“Porque Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno”. Jesús trajo paz entre Sem, Cam y Jafet. Trajo paz entre Abraham y las naciones. Trajo paz entre Israel y los gentiles. Entre ellos y nosotros.

¡Él es el Príncipe de Paz!

Había una separación entre ambos pueblos, una pared infranqueable. ¿Cuál era esa pared?, ¿qué nos dividía?, ¿la ascendencia, la genealogía, la sangre materna, el ser o no judío?

No.

Éste es el tema y asunto central: no nos dividía la ascendencia, puesto que en última instancia venimos todos de Adán, más bien, nos dividía lo siguiente:

Porque Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas...
(Efesios 2:14-15)

Resulta que la pared que nos tenía lejos de las promesas de bendición eterna de Dios no era la ascendencia, ni la genealogía, ni la sangre materna: era la enemistad y la ley, es decir, el pecado.

La pared que divide a la humanidad en enemistad es el incumplimiento de la ley perfecta.

¿Cómo es eso? Porque la perfecta unidad está en Dios y en el cumplimiento de la ley del amor, a través de Su poder.

Pero resulta que Dios es Santo y todo el que peca está destituido de la gloria de Dios. Por tanto, no quiere, ni tampoco puede, cumplir la ley y amar verdaderamente. La perfecta bendición de unidad entre los pueblos está en Dios, pero la ley del

pecado, nuestra maldad, nos tiene apartados de Dios y, por tanto, enemistados los unos con los otros.

Pregunta: ¿Quién pudo entonces cosechar toda la bendición de Dios?, ¿no lo hizo Israel?, ¿no lo hicieron los judíos? No.

Porque, aunque ellos, a diferencia del resto del mundo, tuvieron la ley, tampoco la cumplieron. Todos conocemos la consecuencia de esto, la historia sufrida de los judíos. Ellos, entonces, no heredaron la bendición.

¿Entonces quién heredó la bendición de todos los pactos de la promesa? ¿Alguien en toda la historia ha podido heredar todas esas bendiciones prometidas por Dios a Abraham, a Israel en el desierto, y a David? Sí, solo Uno. Solo Jesucristo, el único libre de pecado. Él es el verdadero Israel de Dios.

Jesús es el descendiente de Abraham, que heredó la bendición proclamada por Dios al patriarca, cuando dijo: “En tu simiente bendeciré a todas las familias de la tierra”. Al decir “tu simiente”, Dios hablaba de Jesús.

Jesús es el verdadero Israel de Dios que cumplió toda la ley de Moisés y, por tanto, hereda toda la bendición de Deuteronomio 28.

Jesús es el descendiente de David que heredó la bendición del gobierno eterno, no Salomón. Salomón pecó, Jesús no pecó. Jesús es el hijo de David que tiene las llaves del Reino eterno.

Jesús es la simiente de Abraham, el Israel de Dios y el hijo de David.

Todos los pactos de la promesa trataban de Jesús. Cuando Dios escogió a Abraham, a Moisés o a David, el Padre estaba pensando en el Hijo, porque el Padre hace todo para la gloria del Hijo y

*... se había propuesto en Sí mismo, de
reunir todas las cosas en Cristo, en la*

*dispensación del cumplimiento de los
tiempos, así las que están en los cielos,
como las que están en la tierra.*
(Efesios 1:9-10)

¡Todo fue creado y diseñado por y para Él, el Verbo de Dios!

Pero toda esta historia, ¿qué tiene que ver con nosotros? Tiene que ver porque de ese torbellino de glorificación y amor mutuo intra-trinitario, todos, tanto gentiles como judíos, todas las familias de la tierra, recibimos las ráfagas de amor.

¡El Hijo, Jesucristo, amó tanto al Padre y te amó tanto a ti, que dio Su vida de infinito valor para morir por ti, limpiarte de tu pecado, y así permitir que co-heredes, junto con Él, todas las bendiciones de los pactos, como si fueras perfecto como Él!

Jesús es nuestra paz. ¿Nuestra paz con quién? ¿Nos reconcilió con quién? ¿Con los judíos? No, sino que primeramente con Dios:

*Porque Él es nuestra paz, que de ambos
pueblos hizo uno, derribando la pared
intermedia de separación, aboliendo en
su carne las enemistades, la ley de los
mandamientos expresados en ordenanzas,
para crear en sí mismo de los dos un solo y
nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante
la cruz reconciliar con Dios a ambos
en un solo cuerpo, matando en ella las
enemistades. (Efesios 2:14-16)*

Al morir Jesús en nuestro lugar, nuestros pecados quedan borrados y, por tanto, tenemos paz con Dios. Y teniendo paz con Dios, tenemos unidad entre todos los que están en paz con el Creador, entre todos los que están en Jesús. El que está en Cristo, está perdonado por Cristo, y ya no tiene impedimentos para reci-

bir todas las infinitas riquezas de gracia y bondad prometidas por el Padre a Abraham, Israel y David.

¿Y qué hay de los judíos? Exactamente lo mismo.

Ése es precisamente el tema: También ellos eran pecadores y estaban destituidos de la gloria de Dios. Lo único distinto entre los judíos y nosotros los gentiles, es que Dios les otorgó la Ley y los profetas, para darles así conciencia de pecado e indicar a la necesidad de Cristo, el Salvador.

Pero no eran mejores ni peores que los gentiles. Eran igual de pecadores.

Solo tenían el privilegio de que Dios les anticipó a ellos como nación lo que Él iba a hacer. Les anticipó a ellos, no a los mayas o a los chinos, sino a ellos, los judíos, a través de los pactos de la promesa y de la Ley y los profetas. Les anticipó la salvación en Cristo.

Pero ese privilegio no les quitó el pecado ni la maldad. Tampoco lidió con su iniquidad y arrogancia.

Solo Jesús lidia con el pecado. Todos los pactos de la promesa de Abraham, Moisés y David indicaban a Jesús, al verdadero y duradero Pacto de Gracia que Él entablaría en la Cruz por medio de Su sangre. Solo Jesús reconcilia al ser humano con Dios, tanto a judíos como a gentiles.

¿Entonces la bendición no la heredan los judíos? Sí la heredan, pero solo si están en Jesús. La bendición de Abraham y David la hereda todo aquel que cree en Jesús, que está en Jesús, sea judío o no judío. Las cartas de Romanos y Gálatas lo explican ampliamente, pero cito aquí una sola sección:

De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham [...] Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado

en un madero), *para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles.*

(Gálatas 3:9,13-14)

¿Entonces esto no se trata de ser judío o israelita? Exacto. No trata de ser judío, sino de ser parte de un nuevo pueblo, el pueblo de Jesús, de una nueva nación, la nación de Cristo, o, como dice el texto de Efesios:

Porque Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. (Efesios 2:14-16)

Amados, ¡El plan de Dios nunca fue dejar fuera a los gentiles, a Jafet, a Cam!, ¡nunca fue escoger solo a la familia de Abraham! El plan fue salvar, por medio del descendiente de esa familia, el descendiente de Abraham, Jesús, a gente de toda tribu, lengua y nación, para que gozaran delante de Su glorioso trono. ¡Gloria a Dios por Su infinita misericordia!

El plan era un nuevo hombre creado en Cristo Jesús, el segundo Adán. Una nueva humanidad, ya no enemiga de Dios, como la descendencia de Adán, sino hija de Dios como el segundo Adán, Jesucristo el Hijo de Dios.

Un solo Padre. Un solo Espíritu. Una sola cabeza, Jesucristo. Un solo Pueblo.

Una sola mesa, a la cual nos iremos a sentar desde el Oriente hasta el Occidente, para compartir con Abraham, Isaac, Jacob y el centurión romano. Todos comiendo de un solo pan, que es Cristo. Todos tomando un solo vino, que es la sangre de Cristo. Un solo nuevo hombre.

En resumen, Jesús:

Vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios. (Efesios 2:17-19)

¡Gloria al Señor! En Jesús ya no hay gentil o judío, hombre o mujer, esclavo o libre. Si crees en Jesús, te has arrepentido de tus pecados y vives en fidelidad a Él, tienes al Espíritu Santo de la adopción, tienes a un Padre, el Creador Todopoderoso, tienes a un Rey, el Verbo de Dios.

Tienes patria

Sé que ésta es una temática difícil de digerir, porque no se encuentra en las narrativas de nuestra sociedad y el medio en que hemos crecido, pero es muy importante de entender para poder gozarnos en las Buenas Nuevas de salvación. La Biblia tiene mucho que decirnos al respecto, y si todo esto es muy nuevo para ti, por ahora basta con entender solo esto: ¡Tu historia es mucho más gloriosa de lo que te imaginas!

Tal vez estás hundido en problemas. Tu pasado está lleno de cicatrices y dolores e injusticias. Tu presente está lleno de ago-

bios, angustias, frustraciones y cansancios. Pero, por favor, ¡no te desespere!

Hoy día el Señor, a través de Su Palabra, la Verdad, te levanta la mirada y te dice:

*¡No tienes idea de lo privilegiada que eres!
¡Cuánto gozo tengo para ti!*

¡Cuánto gozo!

*Eres mi pueblo amado, apartado de todas
las familias de la tierra para Mi gloria y
tu gozo. En Jesús tienes ciudad, tienes una
patria, tienes un hogar.*

*Entiende que en la tierra eres extranjero,
eres advenedizo, estás de paso; pero vas
a tu verdadera patria eterna y gloriosa.
No te aferres a tus propiedades y títulos y
pertenencias y capacidades. Todo eso va a
pasar.*

*Tu hogar está en Mi presencia. En Jesús
tienes hogar, tienes ciudadanía.*

*Vive y muere por Él. Vas a la ciudad
de Dios, donde no hay muerte, no hay
maldición, ni llanto, ni dolor; donde brota
el árbol de la vida junto al cristalino río que
sale del Trono de Dios. Allí las calles son de
oro cristalino y todo es iluminado por la luz
del Cordero de Dios.*

En otro tiempo estabas apartado de la ciudadanía celestial, pero ahora, en Jesús, te acerqué a Mí por medio de Su sangre preciosa de infinito valor. En mi presencia ya no eres extranjero. Eres ciudadano gracias a la sangre de Mi Hijo amado.

Acá, no eres advenedizo, sino miembro de mi familia, gracias a la sangre de Mi Hijo amado. Acá hay Paz para ti. Así que persevera, sigue caminando, como peregrino y extranjero en este mundo y te abriré las puertas de Mi ciudad de par en par.

Acá eres Bienvenido.

CIUDADANÍA

Crisis migratoria

La crisis migratoria ha tomado muchas portadas de los diarios este último tiempo.

Cuando analizamos las noticias como creyentes, debemos analizarla desde la perspectiva bíblica, desde la cosmovisión cristiana, y no desde la visión social nacional específica. De hecho, la crisis migratoria es un fenómeno mundial, no solo nacional. Más aún, es un fenómeno parte de la historia de la humanidad, no solo un fenómeno de estos años.

La Biblia describe la primera gran migración de los pueblos después del desastre de Babel. Un par de siglos después, vemos una gran crisis migratoria en la época de Jacob, donde por hambruna muchos se tuvieron que ir del medio oriente. Algunos, como Jacob, se fueron a Egipto, otros a Asia, como lo sugieren también los estudios de genética poblacional actuales¹.

La migración, el tener que salir de tu propia casa, de tu propio hogar, para poder sobrevivir, es un fenómeno histórico y compartido por gran parte de la humanidad. Tener que salir para sobrevivir, para escapar del hambre, de la guerra, escapar de una amenaza de vida.

¹Nathaniel T. Jeanson - "Traced: Human DNAs Big Surprise"

Tal vez tú eres migrante, porque tu vida ya no era sustentable en tu patria. La echas de menos, pero no hay posibilidad de volver. No eres de acá, ni tampoco puedes vivir allá, lo que te tiene muy triste.

¿Por qué sucede esto en el mundo? ¿Por qué han vivido todas las generaciones crisis migratoria? La respuesta bíblica no es solo por los gobiernos y los problemas sociales, sino principalmente *porque la humanidad no está en paz con el Creador.*

Dios le dio este mundo al ser humano, para que lo sojuzgara bajo los dictámenes perfectos de Dios, pero nos corrompimos y nos volvimos errantes como Caín. La maldición de Adán, de lograr comer con el sudor de nuestra frente, nos persigue. La muerte nos persigue. En esta tierra no hay paz. Caín mató a su hermano, así como muchos de nosotros hemos matado tal vez a otros en nuestro corazón, y Dios lo maldijo con justicia por su pecado diciendo:

Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza; errante y extranjero serás en la tierra [...] Salió, pues, Caín de delante de Jehová, y habitó en tierra de Nod, al oriente de Edén. Y conoció Caín a su mujer, la cual concibió y dio a luz a Enoc; y edificó una ciudad, y llamó el nombre de la ciudad del nombre de su hijo, Enoc. (Génesis 4:12-17)

Caín estaba mal con Dios, condenado a ser errante y extranjero. ¿Qué hizo Caín? ¿Se arregló con Dios? ¿Se arrepintió, hizo las paces? No. Lo primero que leemos de él, es que en vez de migrar, edificó una ciudad.

La primera ciudad humana que leemos en la Biblia, y es en rebeldía a la maldición de parte de Dios. Debía ser errante, en cambio se estableció.

Porque, la verdad, siempre pensamos que podemos ser nuestros propios salvadores y fijar nuestro propio rumbo de éxito y lograr prosperidad por nuestros propios medios. Ilusamente pensamos que encontraremos paz en nuestras fuerzas, así que buscamos nuevos horizontes, nos cambiamos de ciudad, de país, de continente, solamente para darnos cuenta que allá las cosas tampoco andan bien.

Como Caín, intentamos establecer por nuestras propias fuerzas un cielo en la tierra, un jardín del Edén en la tierra de Nod y no lo logramos.

No lo logramos porque el problema del ser humano no es la tierra, sino que el pecado. Donde quiera que vayamos hay seres humanos caídos y por tanto las cosas no andarán bien.

¿Y si me voy como un ermitaño a una montaña a vivir solo? Tampoco andaré bien, porque iré conmigo mismo. Donde quiera que yo vaya, mi carne caída va conmigo mismo y me empujará hacia el pecado.

El dictamen de Dios es claro: *No hay paz para los malos, dijo Jehová. (Isaías 48:22)* Y resulta que todos hemos pecado, por tanto no hay paz para nosotros.

*Los impíos son como el mar en tempestad,
que no puede estarse quieto, y sus aguas
arrojan cieno y lodo. No hay paz, dijo mi
Dios, para los impíos. (Isaías 57:20-21)*

Nos movemos de acá para allá. Intentamos conseguir visa para entrar a Estados Unidos diciendo, allá tendré paz y prosperidad. Intentamos entrar a Europa y a la comunidad Europea diciendo, allá tendré paz y seguridad. No nos podemos estar quietos y no entendemos el problema. El problema es que:

*Desde el más chico de ellos hasta el más
grande, cada uno sigue la avaricia; y desde*

*el profeta hasta el sacerdote, todos son
engañadores. Y curan la herida de mi pueblo
con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay
paz. (Jeremías 6:13-14)*

¿Por qué no tienes paz?

No porque te falta dinero. No porque la economía está mal.
No porque el país está mal.

Estamos sin paz, cuando estamos sin Dios.

El mundo dice que te puede ofrecer Paz y Seguridad, pero sin
Dios, no hay esperanza en este mundo.

¿Es ésta tu condición? ¿Te has sentido así? ¿Un extranjero en
tu propio país? ¿Un errante que migra buscando el jardín del
Edén perdido?

Te tengo Malas y Buenas noticias.

La ciudadanía

Existe una ciudad en la cual no hay imprecación, sobre la cual
no pende la maldición de Dios.

Existe una ciudad donde no se escucha llanto, no porque estén
llorando a escondidas, sino porque realmente todos están tan
contentos allá, que nadie llora.

Existe una ciudad, donde las cosas van tan bien, que nadie
levanta clamor, nadie tiene una solicitud de mejora, nadie
reclama por las casas o levanta una marcha por las calles.

Existe una ciudad, que está en tan perfecta armonía con Dios,
que incluso, no tiene muertos. Ahí nadie muere, ni siquiera los
insectos.

Tú me dirás, ¿Dónde está ciudad? ¿Qué hago aquí vagando
por la plaza central, si puedo tomar mis cosas e ir para allá?

Y bueno, ahí viene la mala noticia: Solo los ciudadanos de esa ciudad, pueden entrar a ella. Hay que ser ciudadano, hay que tener la ciudadanía.

¿Y en que embajada se adquiere esa ciudadanía? No funciona así: Hay que ser del pueblo santo de Dios para ser ciudadano de ahí. Ahí no entra el mal.

Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal. Tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles, y nombres inscritos, que son los de las doce tribus de los hijos de Israel [...] No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero. (Apocalipsis 21:10-12,27)

¿Quién puede entrar a la gloriosa ciudad de Dios? Solo los ciudadanos, el pueblo Santo y sin pecado de Dios.

¿Y quién es ese pueblo santo y sin mancha? Son los inscritos en el libro de la vida del Cordero.

El Cordero de Dios que quitó con su sangre el pecado del mundo, es Jesucristo. Él vino y ofreció Su carne y Su sangre para limpiar nuestra maldad. Todo aquél que acude a Él arrepintiéndose de sus pecados y pidiéndole que lo limpie, es limpiado y está inscrito en el libro de Cordero.

¿Estás inscrito en ése glorioso libro? Buscas paz y migras de una ciudad a otra, de una red social a otra, de una pareja a otra, de un trabajo a otro, de un hobby a otro y no hay paz, porque

solo hay Paz en Cristo Jesús. Como leímos el capítulo anterior en Efesios 2:

En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios (Efesios 2:12-19)

¡Tenemos entrada a la gloriosa ciudad de Dios!

¿Cuál es la puerta y el camino? Jesucristo de Nazaret. ¡Gloria al Señor!

Éramos errantes como Caín, en Jesús ya no somos extranjeros ni advenedizos.

Éramos malditos por nuestros pecados, hoy día, limpiados por la sangre de Jesús, estamos inscritos en el libro de la Vida del Cordero y somos conciudadanos de los santos.

Éramos hijos del diablo, enemigos de Dios. Hoy día, en Jesús, el Hijo Unigénito de Dios, somos amados hijos de Dios y por tanto miembros de la familia de Dios.

Vamos camino a la gran ciudad

¿Entiendes las implicancias de esto? En éste mundo no hallarás paz, aunque cambies de pareja, aunque cambies de ciudad, aunque cambies de trabajo, aunque cambies de estilo de vida.

No hay paz para el impío. Solo hay paz en Jesús. Él anunció las buenas nuevas de paz y Él es la paz.

¿En qué has puesto tus esperanzas cuando estás deprimido y angustiado? Cuando te sientes solo y oprimido por el mundo, ¿Cómo te animas? ¿Te animas de tu depresión pensando en lo bien que te irá cuando cambies de auto, cuando cambies de casa, cuando qué?

Amados, lo único que realmente nos puede dar gozo inamovible y continuo es la esperanza de gloria que tenemos en Jesucristo. Debemos aceptar que en este mundo caído seremos siempre extranjeros y peregrinos. Pero eso no nos entristece, porque sabemos hacia qué ciudad estamos caminando: ¡Vamos a la ciudad de Dios!

*Os habéis acercado al monte de Sion,
a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén
la celestial, a la compañía de muchos
millares de ángeles, a la congregación de
los primogénitos que están inscritos en
los cielos, a Dios el Juez de todos, a los
espíritus de los justos hechos perfectos, a*

Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel. (Hebreos 12:22-24)

Cuando estés frustrada porque ves tu casa húmeda llena de hongos, recuerda que ésta no es tu casa definitiva. Tu casa definitiva es perfecta y está en la ciudad de Dios.

Cuando camines media asustada por las calles oscuras de ésta ciudad de Babilonia, recuerda que algún día caminarás por las calles de luz eterna de la Nueva Jerusalén.

Cuando observes triste las noticias porque en el país abundan los asesinatos, recuerda que vas camino a una ciudad donde no hay muerte. Por tanto, mientras caminamos por las calles de Sodoma, recordamos la Jerusalén celestial y recordamos a Su Rey, nuestro Rey, Jesús y seguimos Sus pasos, saliendo de ésta ciudad terrenal:

Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio; porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir. (Hebreos 13:12-14)

Sal fuera de éste mundo, pueblo de Dios. No te afanes igual que el mundo, no hables igual que el mundo, no te vistas igual que el mundo, no busques las mismas cisternas rotas del mundo, no tengas los mismos objetivos del mundo, porque si bien estás en el mundo, pero no eres del mundo.

Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y

*sus deseos; pero el que hace la voluntad de
Dios permanece para siempre.*
(1ª Juan 2:16-17)

Así que tomemos cada día la Cruz del oprobio, del descrédito, de morir a mis pasiones y deseos y ofrezcámonos como un sacrificio vivo de amor al Señor, sirviendo a los demás, cuidando a los huérfanos, dando a los necesitados, consolando a los enlutados, sosteniendo a los débiles, predicando el Evangelio, haciendo discípulos de Jesús.

Porque no tenemos aquí una ciudad permanente, sino que buscamos la por venir.

EL TEMPLO

Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu. (Efesios 2:19-22)

Narrativa del templo

Para hallar mayor tesoro en estos versículos, es necesario que recordemos primero el Edén.

¿Por qué el Edén? Porque la Biblia narra desde Génesis hasta Apocalipsis la historia de salvación.

El foco de la Biblia no es respondernos todas las preguntas que tenemos, ni darnos un versículo específico para cada situación (aunque a veces Dios nos bendiga de esa manera). Más bien su foco central está en explicarnos las verdades fundamentales de nuestra existencia y vivencia, guiándonos a Cristo, revelando a Dios.

Desde Génesis a Apocalipsis, el Espíritu Santo inspiró a los autores bíblicos para que escribieran la preciosa historia de salvación que tenemos en Cristo Jesús. Como si fuera un grueso cordel compuesto por cientos de hilos, esta gruesa historia de salvación es relatada siguiendo cientos de hilos narrativos que van desde los primeros capítulos de la Biblia hasta los últimos.

El texto de Efesios expuesto, toma una de esos hilos: el templo de Dios.

El Jardín

El hilo narrativo del templo santo lo podemos rastrear en la Biblia desde el Edén: Dios creó toda la tierra, todo precioso, lleno de plantas y de animales, pero al ser humano lo colocó en un lugar aparte, especial: el Edén, que significa *placer, deleite*.

El Edén era un jardín especialmente placentero y delicioso en la tierra nueva. Todo era precioso, pero ahí era especialmente precioso y Dios coloca ahí al ser humano, para que sobre ese deleite trabajara y desarrollara la cultura.

El texto bíblico dice que era en ese lugar especial del mundo, el jardín, donde Dios se encontraba diariamente con el hombre y caminaban juntos. Era un lugar santo, un lugar sagrado, un lugar de encuentro del Creador con la criatura.

Cuando Adán y Eva pecaron de codicia y desobediencia, ya no tuvieron cabida en ese lugar sagrado, porque era un lugar santo, apartado del pecado y perfecto en hermosura. Nuestros padres fueron expulsados de la gloria de Dios y los querubines y la espada de fuego fueron colocados ahí, para que protegieran el acceso.

Nada inmundo podía entrar ahí. Adán y Eva habían pecado y ya no había acceso a la presencia de Dios. Ya no tenían la

caminata diaria con Dios, y esas conversaciones tal vez extendidas con Él.

Al salir del Edén, Dios mató un animal inocente para cubrirlos a ellos con pieles y vestirlos. Tal vez en consideración a ésta figura, vemos al hijo de Adán y Eva, ofreciendo un cordero en sacrificio a Dios. La única manera donde ahora podían de alguna manera establecer cierto contacto era a través del altar de un sacrificio, pues sabían que estaban manchados de pecado y que la paga del pecado es muerte.

Ya no era una caminata dulce por el jardín.

Ahora había fuego y sangre y piedra y muerte, entre ellos y Dios.

El Tabernáculo

Ahora bien, en la época de Adán y sus hijos, los patriarcas pre-diluvianos, al menos sabían que había un lugar en la tierra, un jardín precioso, donde caminaba Dios. No tenían acceso a él, pero estaba ahí.

Pero vino el diluvio en la época de Noé y toda la tierra fue destruida. Ya no había Edén, no había jardín, todo estaba perdido, sin esperanza, sin Dios en el mundo.

Siglos después, Dios apartó al pueblo más pequeño y esclavizado de todas las naciones, a Israel, para revelarles un gran misterio: ¡Dios tenía un plan de salvación, un plan para hacerlos retornar al Edén perdido, a la tierra de reposo!

Los sacó de Egipto, y en el desierto les hizo construir un Tabernáculo.

El recinto constaba primero de un patio donde se oficiaban sacrificios y se lavaban. Adentro del patio, una carpa de unos 13 metros, que tenía dos secciones: En la primera sección, el lugar santo, había una mesa con pan, un candelero grande de oro y un altar para ofrecer incienso. Después un velo, por el cual se podía

entrar a la segunda sección, el lugar santísimo, y adentro el arca del pacto con la tapa, el propiciatorio y encima los querubines.

Lo increíble de todo esto no eran los elementos, sino que la siguiente declaración de Dios:

Y lo pondrás (el altar de incienso) delante del velo que está junto al arca del testimonio, delante del propiciatorio que está sobre el testimonio, donde me encontraré contigo. (Éxodo 30:6)

Piense en esto: Luego de milenios de un Edén perdido, ¡existía nuevamente sobre la tierra un lugar oficial de encuentro con Dios: el lugar santísimo del tabernáculo! De hecho:

Cuando Moisés entraba en el tabernáculo, la columna de nube descendía y se ponía a la puerta del tabernáculo, y Jehová hablaba con Moisés. Y viendo todo el pueblo la columna de nube que estaba a la puerta del tabernáculo, se levantaba cada uno a la puerta de su tienda y adoraba. Y hablaba Jehová a Moisés cara a cara, como habla cualquiera a su compañero. (Éxodo 33:9-11)

El lugar santísimo, el lugar de encuentro del hombre con Dios, el Edén, había sido reabierto.

¡Impensado!, ¡imposible! ¿Acaso no somos todos pecadores? ¿Acaso no muere el pecador en la presencia de Dios? Si y Si.

Efectivamente nadie podía entrar al lugar santísimo sin morir. Solo Moisés y el sumo sacerdote una vez al año. Es decir, al igual que el Edén, el pueblo la veía de lejos la presencia de Dios, pero no tenían acceso a Él.

¿Y porqué Moisés y el sumo sacerdote sí? Porque Dios, en su gran misericordia quiso revelar en esa época que venía la gloriosa restauración del Edén y vendría a través de un media-

dor, de un sumo sacerdote eterno, vendría a través de un mejor profeta que Moisés. ¡Venía Cristo, el único mediador entre Dios y los hombres!

De hecho todo el tabernáculo era una preciosa representación artística que indicaba a la salvación que Jesucristo llevaría a cabo:

Les ordenó tener un altar de sacrificios, indicando a que un inocente iba a morir por los pecados del pueblo. ¡JesuCristo!

Les ordenó tener un lavatorio, indicando a Aquél Agua de Vida que con Su Sangre nos lavaría de los pecados. ¡JesuCristo!

Les ordenó tener una *mesa con pan*, indicando a Aquel que permitiría que nos sentemos una vez más a la mesa del Creador, gracias a Su carne partida. ¡JesuCristo!

Les ordenó tener un *candelero de oro*, indicando al Olivo Ungido en quién los creyentes brillamos llenos del Espíritu, ¡JesuCristo!

Les ordenó construir un *altar de incienso*, indicando a Aquel que se sacrificaría como incienso para ser un olor fragante al Padre y abrir así el velo que nos separaba. ¡Jesucristo!

Todo indicaba a Jesús.

Todo.

Todo indica a Él.

Todo fue creado por y para Él.

El Templo

Siglos después, el Rey David halló poco digno que Dios morara en una carpa, así que se propuso construirle un templo de piedras. A lo cual Dios le respondió:

*¿Tú me has de edificar casa en que yo
more? ... Jehová te hace saber que él te hará
casa. Y cuando tus días sean cumplidos,*

y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino. El edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino.
(2ª Samuel 7:5,11-13)

“David, ¿en serio crees que el tabernáculo es mi casa? ¿Me quieres hacer una casa más grande? Mira, desde el inicio estoy en el proceso de ¡hacerte casa a ti! De ti vendrá un descendiente que edificará esa casa a mi nombre”.

Cuando Salomón, el hijo de David, edifica el templo en Jerusalén, en la inauguración, la nube de Dios, Su presencia se posa en el templo, como antes lo había estado en el tabernáculo, y Salomón le dice a Dios con arrogancia:

Yo he edificado casa por morada para ti, sitio en que tú habites para siempre. (1ª Reyes 8:12)

Pero después se pone a orar delante del altar y algo cambia en Salomón:

Luego se puso Salomón delante del altar de Jehová, en presencia de toda la congregación de Israel, y extendiendo sus manos al cielo, dijo: Jehová Dios de Israel, no hay Dios como tú, ni arriba en los cielos ni abajo en la tierra [...] Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado? (1ª Reyes 8:22-23,27)

Parece que el Espíritu Santo le quitó el velo y Salomón toma conciencia de su pequeñez, de lo inalcanzable de Dios.

El Templo medía el triple del Tabernáculo, el triple de oro y de esplendor. Pero eso no mejoraba en nada el problema arrastrado desde el inicio de la humanidad: El Edén estaba perdido.

No había caminata con Dios.

Estaba la nube de la presencia de Dios, pero nadie la podía tolerar.

Había un lugar santísimo, un par de metros cuadrados donde encontrarse con Dios, pero era inalcanzable. Solo una vez al año un sumo sacerdote nacido de una familia específica, podía entrar y encontrarse con Dios, pero ni siquiera para sostener una conversa, sino para ofrecer sacrificio expiatorio por el pueblo.

Había templo, pero aún no había reunión con Dios.

Había lugar sagrado, pero aún no había acceso.

Jesús es el templo

Tal vez así te sientes hoy, muy muy lejos de Dios, sin acceso a Él. Te atormenta tu pasado. Te atormentan tus pecados. A duras penas te atreves a sentarte en la última silla de una congregación. Sabes que estás perdido, que eres indigno de estar en Su presencia. Sabes que la solución para tu vida es Dios y encontrarte con Él, pero también sabes que es imposible.

Así mismo el tabernáculo y el templo indicaban a la necesidad imposible de tener un lugar de encuentro y de reunión con Dios. Un lugar perdido milenios atrás, un lugar enterrado en el diluvio, un lugar no alcanzable incluso con todo el oro del mundo y toda la construcción del mundo, un lugar santo y sagrado donde sin pecado podemos acceder a conversar con Dios y conocer al Creador.

¿Acaso hay un lugar así? El tabernáculo y el templo indicaban a un lugar así.

¿Existe un lugar así para ti hoy? Yo conozco ese lugar.

Un lugar donde encuentras Paz.

Un lugar santo y sagrado donde no hay pecado y Dios se reencontró de manera definitiva con los hombres.

Conozco un lugar adonde puedes ir con fiadamente a encontrarte con Dios.

Un lugar mayor que el tabernáculo y más sagrado que el templo.

Un lugar real, pero no fijo, sino que móvil.

Un lugar que en realidad es una persona: Jesucristo de Nazaret.

Él es el lugar sin pecado.

Él es el lugar de encuentro entre Dios y los hombres.

Él es el mayor que el templo, porque de hecho el templo indicaba a Él.

*Y sabéis que él apareció para quitar
nuestros pecados,
y no hay pecado en él. (1ª Juan 3:5)*

Todo aquel que cree en Jesús y pide perdón por sus pecados, es limpiado y declarado justo y por tanto puede pasar entre los querubines y la espada de fuego, para volver a comer del árbol de la vida. ¡Gloria a Dios por la Redención!

*Al que no conoció pecado, por nosotros lo
hizo pecado, para que nosotros fuésemos
hechos justicia de Dios en él.
(2ª Corintios 5:21)*

Jesús el Justo tomó nuestro pecado y nosotros los pecadores tomamos Su justicia

El inocente muere por los pecadores, y los pecadores son declarados inocentes. Y de ésta manera pudimos volver a la presencia gloriosa de Dios.

Jesús es nuestra puerta al Edén Jesús es nuestro lugar de encuentro con Dios.

Jesús, Hijo de Dios e Hijo del Hombre, es la Paz entre Dios y los hombres.

Él es el altar del sacrificio y el sacrificio.

Él es el altar de incienso y el incienso.

Él es el lugar santísimo y nuestra propiciación.

Él es nuestra puerta al Edén y ¡Él es el Edén!

Él es nuestra caminata con Dios.

Él, el resplandor de la gloria de Dios, es nuestro retorno a la gloria de Dios.

Nosotros somos el templo

Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu. (Efesios 2:19-22)

Jesús es el templo, el lugar de reunión con Dios.

Si tú crees en Jesús y estás EN Jesús, en el templo, en el Edén, en Su cuerpo, que es el lugar de reunión de Dios con los hombres, no solo eres un visitante de ahí, sino que de hecho, ¡pasas a ser parte de ése templo, una piedra de ése templo!

Si estás en Jesús, no eres advenedizo, no eres un turista sacándole fotos al templo, sino que ¡eres parte de ese edificio que Dios prometió a David que Él mismo construiría! ¡Tú eres esa construcción!

¿Y quién es el descendiente de David que construyó ese edificio? ¿Salomón? No. Jesús construyó el verdadero templo, el verdadero edificio donde Dios se encuentra con los hombres. Ese templo, es Jesús, es Su cuerpo, es la Iglesia, eres tú.

Dios no tenía planeado vivir en una casa de piedras muertas, sino que en piedras vivas. Tú, que crees en Cristo y vives para Él, eres una piedra viva y el Espíritu Santo vive en ti. ¿Entiendes las implicancias de esto? Tú eres el lugar santísimo. Dios vive en ti. ¡Tú caminas con Dios!

Más aún, Dios camina en medio de los hombres hoy en día, camina por tu ciudad. ¿Cómo? ¿Dónde? ¡En ti, porque Él vive en ti!

Cuando tú caminas con alguien, Dios camina con ese alguien a través de ti. Tú eres Su cuerpo y Su templo.

Cuando alguien necesita consuelo, Dios consuela a ese alguien a través de tu boca.

Cuando alguien necesita que lo recojan del piso, Dios lo recoge a través de tus manos.

Cuando alguien necesita un abrazo, Dios lo abraza a través de tus brazos. Tú eres el templo, el lugar de encuentro de otras personas con Dios.

Tú, estando en Cristo, eres el templo, el lugar donde las personas pueden encontrar a Dios, a Jesucristo, las buenas nuevas de salvación. ¡Qué privilegio!

Por el sacrificio y la victoria de Cristo, de pecador apartado, pasaste a ser un justo reconciliado.

De enemigo malvado, pasaste a ser un hijo de Dios.

De tinieblas, pasaste a ser luz.

De impuro, pasaste a ser lugar santísimo.

De tierra muerta, pasaste a ser piedra viva.

¿Y tú qué hiciste? ¡Nada! Todo lo hizo Jesús. En Jesús, somos templo:

*En quien todo el edificio, bien coordinado,
va creciendo para ser un templo santo en
el Señor; en quien vosotros también sois
juntamente edificados para morada de Dios
en el Espíritu. (Efesios 2:21-22)*

¿No te parece increíble? ¡Tú estás siendo edificado para morada de Dios en el Espíritu! Es decir, el Espíritu Santo te está santificando día a día y apartándote del pecado.

Tal vez estás viviendo un tiempo de frustración. El diablo te acusa, te recuerda tu pasado, tus pecados. Te dice que nunca lograrás vencer, que mejor te lances al pecado, porque no tienes vuelta.

¡No le creas al diablo!

No le creas que ya perdiste la batalla. No le creas al diablo. No te lances al pecado.

Pelea la buena batalla de la fe y santificate, apártate del pecado, porque eres templo. Levántate y créele a la Palabra. Eres el templo de Dios, así que:

Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornicar, contra su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios. (1ª Corintios 6:18-20)

No dialogues con la tentación sexual, no la mastiques, no la pienses, ¡huye de ella!

No enfrentemos la fornicación, sino que ¡huyamos de ella! ¿Por qué? Porque tu cuerpo no es tuyo, fue comprado a precio de sangre. Porque tu cuerpo es templo de Dios, un lugar donde se da gloria a Dios. Tu cuerpo fue creado y salvado para glorificar a Dios en él.

Eres templo, un lugar de alabanza y adoración a Dios.

No le creas al diablo que estás condenado, porque estás justificado por la obra de Cristo.

No le creas al diablo, sino que vive lo que la Biblia dice que eres: Eres templo de Dios. Así que:

No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? ¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? (2ª Corintios 6:14-16)

No te unas en ecumenismo. No hagas alianzas con otras ideologías, religiones y pensamientos del mundo, porque no eres del mundo, eres templo de Dios, lugar santísimo, el jardín del Edén.

*Porque vosotros sois el templo del Dios
viviente, como Dios dijo: “Habitaré y
andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos
serán mi pueblo. Por lo cual, salid de en
medio de ellos, y apartaos, dice el Señor,
y no toquéis lo inmundo; Y yo os recibiré,
y seré para vosotros por Padre, y vosotros
me seréis hijos e hijas, dice el Señor
Todopoderoso”. (2ª Corintios 6:16-18)*

El templo es santo. En Cristo, tú eres el templo.

Jesús ya te limpió, no vuelvas a embarrarte. Jesús ya te apartó del mundo, no vuelvas a revolcarte en el lodo como chanco, no vuelvas como perro a comer el vómito.

Apártate de eso que te está nublando. No toques lo inmundo. Sal en medio de ese grupo que te está arrastrando al vómito. ¿Por qué? Porque:

*Ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino
conciudadanos de los santos, y miembros
de la familia de Dios, edificados sobre el
fundamento de los apóstoles y profetas,
siendo la principal piedra del ángulo
Jesucristo mismo, en quien todo el edificio,
bien coordinado, va creciendo para ser un
templo santo en el Señor; en quien vosotros
también sois juntamente edificados para
morada de Dios en el Espíritu. (Efesios
2:19-22)*

¡TÚ estás siendo edificado para morada de Dios!

¡TÚ tienes un presente y un futuro glorioso!

Ahora vive de acuerdo a eso.

PARA QUE NADIE SE GLORÍE

*... medio de la fe; y esto no de vosotros,
pues es don de Dios; no por obras, para
que nadie se gloríe. Porque somos hechura
suya, creados en Cristo Jesús para buenas
obras, las cuales Dios preparó de antemano
para que anduviésemos en ellas. (Efesios
2:8-10)*

En el primer libro de la serie se explicó cómo y porqué Dios hace todo para Su gloria y como toda la historia es direccionada por éste tema. Dios hace todo para Su gloria porque es lo justo como Creador y lo lleva cabo en humildad como Dios Trino.

Así mismo toda la creación se suma a esa justa y merecida glorificación del Creador. Las plantas, los animales, todos, menos los seres humanos.

Los seres humanos tenemos una naturaleza caída y nacemos con sed de gloria. Flirteamos en nuestros pensamientos con ser famosos y reconocidos. Estamos siempre sedientos de gloria, de que nos reconozcan, de que nos exalten.

Cuando a un ex compañero o familiar o amigo le va bien en el área económica o amorosa o en lo que sea, en vez de alegrarnos, surgen pensamientos de “*esto es injusto*” o “*¿Porqué él y no yo? ¿Porque me tocó la vida que me tocó?*”.

Y cuando, al revés, nos va bien en algo y prosperamos en algún área, nuestro pensamiento gira en torno a: “*Es lo correcto, es obvio, así debe ser, me lo merezco*”. Es decir, somos el centro de nuestra propia historia y propio relato.

¿Cuál es el problema con esto? Primeramente, ¡que no es la verdad! No somos el centro del universo. No merecemos todas las bendiciones de la creación. Más bien, por todos nuestros pecados merecemos condenación eterna.

En segundo lugar, el problema de la egocentricidad del ser humano es que desprecia al que verdaderamente ES el centro de todo. Menosprecia a Aquel por el cual y para el cual todo fue creado: Jesucristo.

Entonces aquí tenemos un gran problema: Si Dios quería salvar en su amor al ególatra ser humano, ¿cómo hacerlo sin que éste se gloríe y encuentre obvio que había que salvarlo? ¿Cómo salvarlo y a su vez lograr que adore a Cristo y no a sí mismo? ¿Cómo salvarnos, sin que nos jactemos en que nos salvó por nuestras capacidades o características?

El recorrido perfecto

Esto es lo que Dios en su sabio y perfecto designio hizo:

1° Un Pueblo – Una Ley

Lo primero que hizo Dios fue lo siguiente: Apartó un pueblo específico, Israel, y le dio la Ley, la demanda de Su santidad perfecta. ¿Para qué? ¿Para que la cumplieran? No. Les dio la ley para que intentaran cumplirla y fracasaran al ver que no son capaces. ¿Para qué haría algo así?

*Pero sabemos que todo lo que la ley dice,
lo dice a los que están bajo la ley, para
que toda boca se cierre y todo el mundo
quede bajo el juicio de Dios; ya que por*

*las obras de la ley ningún ser humano será
justificado delante de él; porque por medio
de la ley es el conocimiento del pecado [...]
¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado?
En ninguna manera. Pero yo no conocí
el pecado sino por la ley; porque tampoco
conociera la codicia, si la ley no dijera: No
codiciarás. (Romanos 3:19-20; 7:7)*

Al dar el Señor los 10 mandamientos y toda la ley de Moisés, hizo algo brillante, porque nos dio algo bueno, algo salvífico, algo que si se cumple, se vive, pero a su vez sabiendo que nadie lo cumpliría y que nadie podía. ¿Para qué haría algo así? Para sacar a relucir delante de nuestros propios ojos nuestra incapacidad de salvarnos.

Para demostrarnos que no podemos cumplir Su santidad.

Para demostrarnos que tenemos un concepto más alto de nosotros mismos de lo que en realidad somos.

Para demostrarnos que por obras y conducta y carácter y cumplimiento de mandamientos ninguno de nosotros se salvará. En otras palabras, para que nadie se jacte, se gloríe, se enorgullezca, porque todos reprobamos.

La Ley nos otorga conciencia de pecado, de debilidad. También lo hacen las crisis de la vida.

Puede ser que hayas llegado a los caminos del Señor precisamente en un período de tu vida donde todo se vino abajo, todo fracaso, todo estaba pésimo. ¿Qué hizo el Señor? Derrumbó tus supuestas seguridades y supuestas estabilidades, para demostrarte que necesitas un Salvador. Para demostrarte que no eres Dios, que no eres Jesucristo y que lo necesitas a Él.

Volviendo al plan de Dios, después de 1400 años de comprobación fehaciente de que nadie podía cumplir la perfecta ley de Dios y que nadie lograría jamás ir por sus propios méritos a Dios, vino la siguiente fase:

2° La Encarnación del Verbo de Dios

Una vez establecido lo primero, la ley y nuestra incapacidad de cumplirla, vino lo segundo, la encarnación y venida del Victorioso: Jesucristo.

Jesús sí tiene el carácter perfecto.

Jesús sí obedece al Padre en todo.

Jesús sí cumple toda la Ley.

Esto no era posible de saber, si no hubiese habido Ley. Pero como estaba el *gold standart*, pudimos ver que Jesús lo cumplía a perfección.

*Y sabéis que él apareció para quitar
nuestros pecados, y no hay pecado en él. (1ª
Juan 3:5)*

¿Porqué no se encarnó Jesús en la época de Adán o de Noé o de Abraham y murió y salvó ahí? ¿Por qué esperar tantos milenios? Porque esta historia es una historia de gloria. Todo tiene que ver con la gloria de Dios, por tanto, Dios antes de poder salvarnos, debía dejar en claro nuestra incapacidad, nuestra indignidad, nuestro estado perdido y muerte en pecados.

Primero debía venir la ley, para darnos como seres humanos conciencia de nuestra propia maldad. Luego debía venir Jesús y cumplir la Ley perfectamente y luego Él debía morir por nosotros.

A través del establecimiento primero de la ley de Moisés el Padre demostró que nadie es digno y cuando nació Jesús, demostró que Él es el único digno. El plan de Dios es perfecto. Jesús

vino y venció. Jesús sí es digno de reinar eternamente. ¿Y qué pasó con su amor hacia nosotros y Su querer salvarnos? Ahí es donde entró fase 3.

3º Jesús el perfecto, muere por nosotros

*El cual no hizo pecado, ni se halló engaño
en su boca; quien cuando le maldecían, no
respondía con maldición; cuando padecía,
no amenazaba, sino encomendaba la
causa al que juzga justamente; quien llevó
él mismo nuestros pecados en su cuerpo
sobre el madero, para que nosotros, estando
muertos a los pecados, vivamos a la
justicia; y por cuya herida fuisteis sanados.
(1ª Pedro 2:22-24)*

La paga del pecado es muerte y Jesús era el único libre de pecado que con su vida podría pagar por otro. Pagó por ti y por mí. Al morir Jesús, el inocente, su muerte pagó nuestro pecado que merece muerte.

Entendiendo el plan progresivo perfecto de Dios, volvamos ahora a analizar con mayor detenimiento los tres versículos de Efesios 2 presentados al inicio del capítulo.

Realmente todo es de Él

*Porque por gracia sois salvos por medio
de la fe; y esto no de vosotros, pues es don
de Dios; no por obras, para que nadie se
gloríe. Porque somos hechura suya, creados
en Cristo Jesús para buenas obras, las
cuales Dios preparó de antemano para que
anduviésemos en ellas. (Efesios 2:8-10)*

¿Porque la salvación es por gracia, por fe y no por obras? Para que nadie se gloríe, se jacte, se crea merecedor del cielo y le quite así gloria al Hijo, quién es el único verdaderamente merecedor de toda la gloria.

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.
(Efesios 2:8-9)

Ahora bien, nosotros somos tan renuentes a atribuirle toda, toda, toda la gloria a Dios, que muchas veces aceptamos que no somos salvos por obras, pero nos aferramos en nuestra mente con uñas y garras a que la salvación igual tiene algo que ver con nosotros, aunque sea algo minúsculo llamado “fe”.

Decimos: “Sí, es verdad. No soy salvo por obras, porque soy pecador, pero soy salvo por fe y esa fe proviene de mí. Fue mi decisión. Fue mi confianza en Dios. Yo tuve que ver con mi propia resurrección. Yo tuve que ver con mi propia salvación. Poquito. Bien poquito. Pero tuve que ver”.

Y ahí Pablo se detiene en la frase y dice: no. No tuviste que ver. *Esto no de vosotros*. La salvación es por la gracia de Dios. La fe es un don (un regalo) de Dios.

Tal vez tú dices, esa frase “*es un don de Dios*” (v.2:8) se refiere a la salvación. Sí, pero también a la fe, pues por algo Pablo pone la frase precisamente después de hablar de la fe. Más aún, ya afirmó al inicio de la frase que la salvación es por gracia de Dios, así que ese refuerzo de que es un don, probablemente está dirigida específicamente a la parte de la fe.

Y ¿hay otro pasaje bíblico para probar que Pablo pensaba que la fe era un don de Dios? Sí.

Porque a vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino

también que padezcáis por él.
(Filipenses 1:29)

Os es concedido que creáis en él. La fe salvífica es concedida por Dios.

¿Y que la fe salvífica provenga de Dios, no del ser humano, lo enseña solo Pablo o hay más pasajes bíblicos en la Biblia que hablen al respecto? Sí, hay más pasajes, por ejemplo:

Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que él ha enviado [...]
Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás. Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis. Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. (Juan 6:29, 35-37)

Que creáis es obra de Dios. Ver milagros no genera fe. Basta con que recuerdes a tus familiares o amigos incrédulos, cuando Dios obró un milagro en tu vida y como ese milagro no los transformó. Es que los milagros no regeneran el corazón. Esa es obra del Espíritu.

Tal vez te preguntas: ¿Pero acaso Jesús no regañaba a la gente demandándoles fe? Claro. Tal como también retaba a la gente demandándoles santidad y no pecar. Tal como demandó al joven rico dejar todas sus pertenencias y los discípulos le recordaron que era imposible lo que había pedido y Jesús les recordó devuelta que para Dios nada es imposible. Es decir, el cambio lo produce Dios.

Ok. Pero en nuestro diario vivir, ¿acaso no vemos que la gente en general tiene bastante fe? Sí. Pero no una fe salvífica. Tienen

fe en cualquier cosa, pero no en Jesús, porque hay una rebeldía y ceguera intrínseca que no podemos ni queremos superar.

El ser humano cree en todo: En que las maletas llenas en año nuevo nos harán viajar en el año y que el todo surgió de la nada a partir de un gran “Bang”. Y en la India creen que los dioses son 200 mil y los humanistas aún siguen creyendo que la humanidad va evolucionando a mejor cada día. Tienen harta fe. Pero esa fe no salva.

Todo aquel que invocare el Nombre del Señor será salvo. No todo aquel que invocare sus propios sueños y deseos. No salva tal fe. Salva Jesucristo.

El ser humano cree de todo, pero no cree en Jesús como único camino y verdad y vida. Pregúntale a algún amigo místico que acepta todo y de todo y verás que aceptará todo, menos que Jesús es el único camino de salvación, porque hay una rebeldía intrínseca en los seres humanos, un corazón de piedra, un velo, que solo lo puede quitar el dictamen todopoderoso de Aquel que dijo “¡Sea la luz!” y fue la Luz.

*Porque Dios, que mandó que de las
tinieblas resplandeciese la luz, es el que
resplandeció en nuestros corazones,
para iluminación del conocimiento de la
gloria de Dios en la faz de Jesucristo. (2ª
Corintios 4:6)*

Dios decretó luz sobre nosotros, y pudimos ver a Cristo.

Amados, por favor entendamos que nada en nuestra salvación proviene de nosotros.

Nada.

Esto no es de vosotros.

Ni la elección, ni la predestinación, ni la regeneración, ni la fe en Jesucristo, ni siquiera el arrepentimiento mismo, porque en 2ª Timoteo 2:25 dice claramente que Dios es el que concede el arrepentimiento.

¡Y gloria a Dios que no dependió de mi mismo la salvación!
¡Gloria a Dios! Porque si hubiese sido por mí, Claudio Fuentes, muerto en mis deseos carnales y pecados, yo no hubiese escogido a Jesús, ni lo hubiese escuchado, ni hubiese creído en él, ni me hubiese arrepentido!

¡Gloria a Dios que estando yo muerto, Dios simplemente fue misericordioso y con Su mano poderosa me arrancó de la oscuridad y me llevó de muerte a vida eterna!

¡Gloria a Dios que cuando en mí solo había tinieblas, Su dictamen de luz iluminó mi mente y pude entender que al ver la faz de Jesús veo a Dios!

Gloria a Dios que esto depende de Dios, porque sino ¿cuál sería el sentido de orar por las personas para que conozcan a Dios? Si Dios no lleva a cabo la obra de salvación de principio a fin, ¿para qué orar por nuestros familiares obstinadamente rebeldes a Jesús?

Amados hermanos míos, no erréis. Toda buena dádiva y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación. El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas. (Santiago 1:16-18)

Él te hizo nacer de nuevo por Su Palabra.

No te hiciste nacer tú a ti mismo. Dios te dio nueva vida.

“¿Cómo puedo nacer de nuevo?” preguntó Nicodemo, y Jesús respondió algo así: “Nadie sabe de dónde viene, ni adónde va el Espíritu Santo, pero por donde pasa, brota vida nueva”. La nueva vida es una obra de Dios.

Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios. (Juan 1:12-13)

Él te hizo nacer de nuevo por Su Palabra. No te hiciste nacer tú a ti mismo.

Él te dio nueva vida.

Él, Él, Él.

¿Por qué la Palabra insiste tanto, una y otra vez, en que la salvación es Suya y no tuya? Porque somos duros, ególatras, y es un tema fundamental para Dios, porque se trata de la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Como dice el texto de Efesios 2 que estamos estudiando:

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. (Efesios 2:8-9)

Nadie.

Nadie.

Nadie en el cielo dirá: “Estoy acá porque lo merezco. Porque yo hice. Porque yo creí. Porque yo fui fiel. Porque yo”.

Nadie.

Los que llegaremos allá, los fieles y perseverantes y creyentes diremos tal como Pablo:

*Por la gracia de Dios soy lo que soy. (1ª
Corintios 15:10)*

Nuestra respuestas a la obra de Dios

En éste punto, tal vez te queda la pregunta: Si todo proviene de Dios, ¿no tengo que hacer nada? Y el pasaje de Efesios te resuelve también aquella pregunta:

*No por obras, para que nadie se gloríe.
Porque somos hechura suya, creados en
Cristo Jesús para buenas obras, las cuales
Dios preparó de antemano para que
anduviésemos en ellas. (Efesios 2:9-10)*

No somos salvos POR obras, pero si PARA buenas obras.

No POR, sino PARA.

El legalista cree que se salva por obras, y no es así. El libertino piensa que como la salvación no es por obras, no debe llevar a cabo buenas obras, y tampoco es así, porque fuimos salvados para buenas obras. Este tema es importante en reflexión, por lo cual volveremos en el siguiente capítulo.

Por ahora, debemos entender que cuando una vida humana da fruto de vida nueva, de vida santa y justa y llena de amor al prójimo, ésa vida transformada da gloria a su Creador.

Dios quiere que seamos “*llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios*” (Filipenses 1:11)

Todo es POR Él y PARA Él.

Si fuésemos salvos POR obras le quitaríamos gloria a Dios. Así que somos salvos por la fe, que es un don de Dios.

Por otro lado, si ahora en la nueva vida no vivimos PARA andar en buenas obras, no damos gloria a Dios. El creyente no es salvado por obras, sino para obras, y por si nos quedó una pizca de vanagloria y orgullo, Pablo nos remata la autosuficiencia diciéndonos que esas buenas obras que hacemos, no provienen de nosotros mismos, sino que ¡también las preparó Dios!

Dios nos creó dos veces: cuando nacimos biológicamente y cuando nacimos de nuevo espiritualmente. Y para esa nueva criatura Dios también diseñó un camino de buenas obras que le glorifican.

Nada es fortuito, nada es azaroso.

Por la gracia de Dios somos lo que somos.

No somos salvos por obras, pero sí para obras, para glorificar a Dios

¿Cuál es el objetivo del pasaje de Efesios 2? Pegar un golpe mortal y final a nuestro ego, al yo, yo hago, yo hice, yo creí, yo, yo.

Amados, el lenguaje del cielo no es el “yo, yo”, sino el “*gloria a Dios, gloria a Dios, gloria a Dios*”. ¿Cómo está ese lenguaje celestial en mi vida?

¿Soy el centro de mi historia? ¿El artífice de mi propia salvación y justificación y todo?

¿Estoy lleno de pensamientos de auto referencia?

¿Cuándo hablan no puedo quedarme callado y hablo más que todos?

¿Realmente pienso que me merezco el cielo?

Ego, ego, ego y más ego.

¿Envidia al que le va mejor y pienso que es injusto?

¿No me permito quedar mal ante nadie? ¿Soy el centro de todo?

Tal vez soy el centro sin siquiera hablar, sino que callado solo escuchando, estoy constantemente repitiéndome lo tonto que son todos los demás.

Ego, ego, ego y más ego.

Dios estableció que la salvación sea por pura y absoluta gracia y regalo de Dios de comienzo a fin. ¿Para qué? Para que nos gloríemos y gocemos en Jesús.

¿Te llena esta verdad de gozo y admiración, porque resulta que Dios decidió salvarte a pesar de ti mismo? ¿O te incomoda el texto de hoy? No vaya a ser que haya un fariseísmo auto salvífico subyacente bajo tu piel de cristiano.

O ¿has ocupado la seguridad de salvación como pretexto para pecar? Entonces arrepiente, porque no estás entendiendo el Evangelio.

No fuimos salvados por obras, pero sí para buenas obras, para gloria de Dios.

Si no estás llevando a cabo esas buenas obras que Dios diseñó para ti, significa que estás viviendo para ti mismo y no para la gloria de Dios.

No obstante, sea cual sea nuestro pecado, si fariseísmo ególatra o libertinaje ególatra, menos mal que ...

...Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares

celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.
(Efesios 2:4-9)

PEQUEÑOS Y AMADOS

*A mí, que soy menos que el más pequeño
de todos los santos, me fue dada esta gracia de
anunciar entre los gentiles el evangelio de las
inescrutables riquezas de Cristo (Efesios 3:7-8)*

El criterio de la elección de Dios

¡Las riquezas de eterna gloria que obtenemos por la obra salvadora de Jesús son inescrutables, insondables, de mayor profundidad y amplitud que todo lo que podamos imaginar!

¿Y a qué ser humano escogió Dios para sacar a luz por escrito tantas gloriosas maravillas? A un ex perseguidor de la Iglesia. A un ex fanático religioso. A un ex enfurecido violentista.

A Saulo de Tarso, al cual le cambió de nombre a Pablo, que significa “Pequeño”, tal vez porque era bajito y sobre todo, para recordarle que hay uno solo grande: Jesucristo.

Pablo, el pequeño, lo recordó toda su vida y entendió que el que se le haya encomendado enseñar estos grandes misterios del evangelio salidos ahora a luz, era un acto de pura misericordia y gracia. Él no buscaba a Jesús, cuando Jesús le buscó a él.

Al Padre, para darle toda la gloria al Hijo, le plació designar a los seres humanos más pequeños y débiles, más despreciados y

menospreciados, para anunciar y dar a conocer el mensaje más grande de todos.

Designó como heraldos a aquellos hombres toscos de la caleta de Capernaum, que estaban hediondos a pescado. Pedro, Andrés, Jacobo y Juan.

Escogió a un zelote enojado dispuesto a matar, llamado Simón.

Escogió a un desgraciado recaudador de impuestos para Roma, llamado Mateo.

Escogió a un hombre bajito, religioso y violento, que arrastraba a buenas personas con furia por las calles, llamado Saulo.

¿De quién es la gloria de esa elección? ¿De los doce apóstoles o de Aquel que los llamó?

¿De quién es la gloria? ¿Acaso dice la Biblia que Pedro y Pablo se dedicaron por años al ayuno y la búsqueda de Dios y por eso fueron escogidos?

¿Acaso escogió a Tomás porque era un hombre de fe? ¿No dice más bien la Escritura que Jesús pasaba enojándose con los 12 por su falta de fe?

¿Acaso no queda claro en los evangelios que todos estos hombres eran pecadores y fueron escogidos por pura gracia?

Amados, ¡la elección de Dios no es por mérito alguno! ¡Es por el puro afecto de la voluntad de Dios! (Ef.1:5)

¿Y cuál es el criterio de la elección? ¿Por qué Dios escoge a uno y no a otro? La Biblia es clara:

Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia. Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no

es obra.

(Romanos 11:5-6)

No es que Dios haya escogido a las personas viendo de antemano los méritos de ellas. No es por ningún mérito. No lo fue con Israel (que era el pueblo más pequeño y esclavo del mundo) y no lo ha sido con la Iglesia.

No fue que Dios escogió a aquellos que Él sabía que iban a tener fe, porque, como ya les dije, en ese caso no escoge ni a Tomas, ni a los demás discípulos.

Al revés, los textos bíblicos hablan claramente que el criterio que Dios ocupó para escoger a personas fue éste:

*Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha
elegido Dios a los pobres de este mundo,
para que sean ricos en fe y herederos del
reino que ha prometido a los que le aman?*
(Santiago 2:5)

*Bienaventurados los pobres en espíritu,
porque de ellos es el reino de los cielos*
(Mateo 5:3)

*Pues mirad, hermanos, vuestra vocación,
que no sois muchos sabios según la carne,
ni muchos poderosos, ni muchos nobles;
sino que lo necio del mundo escogió Dios,
para avergonzar a los sabios; y lo débil
del mundo escogió Dios, para avergonzar
a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo
menospreciado escogió Dios, y lo que no es,
para deshacer lo que es, a fin de que nadie
se jacte en Su presencia. (1ª Corintios
1:26-29)*

Los textos bíblicos son claros, son explícitos, no mencionan que Dios nos escogió porque vio que iríamos a tener fe o vio que tendríamos algún mérito, sino que nos escogió porque éramos lo menospreciado del mundo.

Dios escogió a los pobres, a los necios, a los débiles, a lo vil del mundo, a los menospreciados, a los que son nada en este mundo.

Nuestra tendencia humana carnal, es atribuir injusticia a la elección de Dios. ¿Por qué escogió a uno y no a otro? Sin considerar que sin la elección, nadie sería salvo, porque:

No hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. (Romanos 3:11-12)

La elección no es injusticia, sino misericordia.

Es como un Padre millonario amoroso que llegó a un orfanato de mil niños y le dice a los encargados: *“Quiero adoptar a los 100 niños más débiles, enfermos y despreciados que tiene y quiero darles toda mi herencia”*. Nadie le reclamaría por ser injusto, porque de hecho no tenía que adoptar a nadie. ¿Acaso es considerada injusta una pareja que adopta o acoge, porque adoptó o acogió solo a un niño en vez de a cien?

La elección de Dios no es un acto de injusticia, sino de misericordia, algo que no tenía por qué hacer con el ser humano rebelde y enemigo de Él, pero lo hizo por amor. Y para que nadie creyera que merece la adopción, escogió a lo más despreciado del mundo.

1ª Corintios dice que Dios también ha escogido a ricos y famosos para salvación, pero “no a muchos”. ¿Por qué escogió para salvación más a los pobres y despreciados? Para avergon-

zar a los humanamente sabios, avergonzar a los humanamente fuertes y deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en Su presencia.

Es decir, la elección de Dios para salvación de una persona, no es por los méritos o la fe de la persona. No hay versículo bíblico que diga algo así. Simplemente:

Nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad. (Efesios 1:4-5)

Y Su voluntad es buena y agradable. Su voluntad es perfecta.

Tal vez luchas en tu mente con todos estos versículos. No te gustan. Te invito a que simplemente confíes en el Creador.

Él es bueno.

Él es sabio.

Él sabe porque hace las cosas como las hace.

No luches con Él.

¡Simplemente confía en Él y acepta Su Palabra tal como está escrita y alábele por su bondad!

Predestinados para ser conforme a Jesús

Por otro lado, tal vez te consideras nada, un mediocre, un don nadie. Lees la Biblia y ves a los personajes como grandes héroes de la fe y dices, ¡jamás llegaré a esa estatura!

Primero te recuerdo que ellos iniciaron su caminar con Dios igual que tu, siendo precisamente un “don nadie”. O como dice

Pablo en Efesios 3:8, siendo “*menos que el más pequeño de todos los santos*”.

Segundo, te recuerdo que la estatura a la cuál vas a llegar, no es a la estatura de estos grandes hombres y mujeres de la Biblia, sino ¡a la estatura de Cristo mismo! ¿Por qué lo sé? Porque:

Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. (Romanos 8:28-29)

Dios tiene un plan. ¿Cuál?

Dios quiso llenar a Su Hijo Unigénito con hermanos, y que entre ellos, Él sea el mayor, el primogénito. Pero estos hermanos no pueden estar llenos de pecado y de maldad, así que Él los predestinó, los predeterminó, les pre fijó un destino, una meta. ¿Cuál?

El que fuesen hechos conforme a la imagen de Su amado Hijo. Antes de la fundación del mundo Dios ya planeó que hacer contigo. Él planeó que se forjara el carácter de Cristo en ti. Su mansedumbre, Su humildad, Su templanza, Su bondad, Su gozo, Su amor.

Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro. (1ª Juan 3:2-3)

¿Tienes esta esperanza? ¿Lo crees o miras tu vida y solo ves que eres un fracaso?

¿Crees lo que la Biblia dice que Dios dictaminó sobre tu vida, el ser igual a Jesús?

No le creas al diablo, créele a la Palabra de Dios. Dios tiene un plan contigo, ¿cuál? ¿Qué vayan a Disneylandia? No. ¡Muuucho mas glorioso!

¿Qué seas millonarios? No. ¡Muuuuchísimo más glorioso que esa pequeñez!

¿Qué sean famosos y reconocidos en éste mundo? No. ¡Muchisísimo más que eso!

¡El te predestinó para que seas hecho conforme a la imagen del glorioso Hijo Unigénito, la Estrella resplandeciente de la mañana, y brilles eternamente como las estrellas en el firmamento!

Es por eso que te tiene en la prueba de fuego que te tiene.

Es por eso que Dios te está presionando, apretando y estrujando en este mundo, porque está ocupando todas esas cosas para tu bien. ¿Cuál bien? ¡El hacerte más parecido al mismísimo Verbo de Dios, a Jesús!

Dios está ocupando la injusticia que estás viviendo, para que crezcas en templanza.

Dios está ocupando la enfermedad que estás teniendo, para que crezcas en paciencia.

Dios está ocupando a la persona que te está haciendo la vida tan difícil, para que crezcas en amor.

Dios está ocupando la humillación que viviste, para que crezcas en humildad.

Dios está ocupando las carencias que vives, para que crezcas en bondad.

Dios está ocupando todo lo que viviste, vives y vivirás en éste mundo caído, para hacerte más parecido a Jesús.

¡Ese es Su glorioso propósito supremo para ti! ¡Ser hecho conforme a la imagen gloriosa de Su Hijo amado!

*A mí, que soy menos que el más pequeño
de todos los santos, me fue dada esta gracia
de anunciar entre los gentiles el evangelio
de las inescrutables riquezas de Cristo, y de
aclarar a todos cuál sea la dispensación del
misterio escondido desde los siglos en Dios,
que creó todas las cosas (Efesios 3:8-9)*

El Señor le dio el privilegio al pequeño Pablo y ahora te lo da a ti. Dios te ha dado el privilegio de comprender y vivir estas inescrutables riquezas de Cristo, estos misterios que estuvieron escondidos desde los siglos en el Creador.

¿Cómo vas a vivir a la luz de éstas verdades tan gloriosas? ¿Igual que el mundo? ¿Vas a seguir buscando mantener una careta de personaje, porque le tienes terror a que conozcan tu verdadero yo?

Aparentas estar contento y no lo estas.

Aparentas estar bien y no lo estas.

Aparentas ser un buen cristiano, aparentas tener todo bajo control, aparentas y aparentas.

No es necesario. La Biblia te saca toda careta de una sola vez y te dice: Eres un pecador, eres necio, eres vil, ¡pero Dios te amó, así, tal cual, como te ves sin maquillaje! ¡Dios te ama! ¡Dios te vio y te escogió!

Tal vez tu papa no daba ni un peso por ti. Tal vez tu mamá te abandonó. Pero Dios te recogió, porque Él te conoció y te

amo desde antes de la fundación del mundo y de entre todas las personas del mundo se propuso forjar en ti a Cristo. ¡Si, en ti!

Dios sabe lo que hay debajo de tus caretas y falsas apariencias y a pesar de eso, a pesar de conocerte más íntimamente que tú mismo, te escogió y se propuso forjar a Cristo en ti. ¿Por qué entonces sigues esforzándote en guardar imagen y apariencias, cuando es evidente que eres un pecador... un pecador redimido y amado por Dios?

Una careta no sostiene a nadie, solo esclaviza. Más bien ríndete ante Dios, admite ante el Creador y los hombres, tal como lo hizo Pablo, que eres el más pequeño de todos los santos y hallaras descanso en esa humildad.

Hallaras descanso aprendiendo la humildad de Cristo.

Hallarás descanso en el simple hecho de reconocer y descansar en que el Creador te amó. Te escogió. Te llamó. Te salvó y está forjando a Cristo en ti.

Deja de actuar, de ser hipócrita, de ser ególatra, de ser orgulloso y simplemente disfruta de la misma libertad que tuvo Pablo para decir al mundo entero:

“Si, es verdad, soy el más pequeño de todos los santos. No tengo nada que aparentar. Simplemente soy un pecador redimido y en camino a ser, nada más, ni nada menos, ¡como Cristo mismo! ¡Gloria a mi Señor!”.

No por obras; sí para obras

Ahora que pusimos la firme base del amor incondicional de Dios y Su misericordiosa elección, podemos volver al pasaje de Efesios 2, que vimos al iniciar este libro y prometimos volver reflexionar, para analizarlo más profundamente:

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas. (Efesios 2:8-10)

La salvación no es POR obras, pero sí PARA obras.

Cuando uno pregunta en la calle a la gente si creen que se van a ir al cielo o no, muchos responden que sí, porque no han matado a nadie. Eso es un engaño por varios motivos: En primer lugar, porque pelearse con alguien y guardar rencor, según Jesús, ya es matar a alguien en el corazón. En segundo lugar, el criterio de entrada al cielo no consta de un solo mandamiento, sino de cientos de mandamientos. Un ladrón atrapado no se libra de la cárcel argumentando “*es que no maté a nadie*” si robó.

Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos. (Santiago 2:10)

Así que:

Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él [...] Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:20-23)

Por tanto, nadie se salva por sus propios méritos, sino solamente por gracia, por medio de la fe en Jesús y Su sacrificio perdonador en la Cruz. La justificación y la futura glorificación es por gracia, no por obras, para que nadie se gloríe.

Tampoco sirven las buenas obras, para borrar o compensar las malas obras. Es como el traficante, tipo Pablo Escobar, diciendo:

“no me meta a la cárcel, porque soy dadivoso con los pobres”. Qué bueno que seas dadivoso, pero eso no quita la culpa del tráfico de drogas. Robin Hood, por muy dadivoso que sea, sigue siendo culpable de robo ante el trono de Dios.

Entonces *¿eso significa que no tengo que esforzarme en hacer el bien?* No significa eso. Significa que la motivación por la cual hacemos el bien, debe ser purificada. No hacemos el bien para salvarnos, sino en agradecimiento a la gracia salvífica que se nos regaló. Dicho de otra manera: un salvo, alguien que tiene fe verdadera en Cristo, siempre va a llevar a cabo buenas obras:

Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma. (Santiago 2:14-17)

Si alguien tiene al Espíritu Santo, su vida va a cambiar, no solo porque deja el pecado, sino porque empieza a llevar a cabo buenas obras. Cuando el Padre dice *“¡Sea la luz!”*, nuestra mente es iluminada y logramos ver a Cristo. Esa luz en nosotros, se va a evidenciar para los demás. Como dijo Jesús:

Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de

los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que están los cielos. (Mateo 5:13-16)

El que tiene la luz de Dios, al Espíritu Santo, vivirá una vida que glorifica a Dios, que es una vida llena de obras de amor a Dios y el prójimo. Esto nos puede parecer que lo entendemos intelectualmente, pero en nuestra vida cristiana, la verdad es que solemos caer fácilmente en un evangelio falso de dos errores:

1. Hacer obras para salvarme, para compensar las malas obras, con una lógica de pago y para que Dios me acepte. Esa lógica es la lógica religiosa, farisaica, legalista, porque piensa que puede hacer algo para salvarse a sí mismo, haciendo vana la Cruz de Cristo.
2. No hacer obras porque ya soy salvo, y flojear en la fe, sin añadir a ella virtud, ni nada, ni esforzándose en la gracia ya concedida por Dios. Esa lógica es la lógica libertinaje, liberal y anti-nomiana (anti ley), que no comprende que el creyente está muerto a sus deseos y ahora se rige por la ley del amor.

Como cada uno de nosotros tiene una carne legalista y libertina a la vez, y ambos falsos evangelios pretenden ser el verdadero Evangelio, existe mucha confusión en las iglesias respecto a cómo vivir la fe cristiana. Por eso deténgase a reflexionar con calma el siguiente recuadro que resulta ser muy auto explicativo:

	CARNE		ESPÍRITU
	LEGALISMO	LIBERTINAJE	EVANGELIO
LÓGICA	Obedezco para ser aceptado por Dios	Ya soy aceptado por Dios, por eso NO obedezco	Ya soy aceptado por Dios, por eso obedezco
DOC-TRINA DE BASE	Pensar que la justificación y la glorificación es algo a ganar (o perder) por esfuerzo propio	Pensar que al estar seguros en la justificación y glorificación por gracia, no es necesaria la santificación	Se entiende la justificación y glorificación como un regalo gratuito, por medio de la fe, por la imputación de la obra perfecta de Cristo. Se entiende la santificación como el proceso personal y consciente de los ya justificados, donde por el poder del Espíritu se va apartando progresivamente de todo pecado.
FOCO	Egocéntrico		Cristo céntrico
MOTIVACIÓN	Pecaminosa: Orgullo, vanagloria, control, poder, miedo...	Pecaminosa: Pereza, lujuria, comodidad, aprobación...	Amor a Dios y al Prójimo
GLORIA	Búsqueda de la gloria propia y de las cosas creadas		Búsqueda de glorificar a Dios
DELEITE	En la apariencia de piedad, en la autosuficiencia ("yo puedo"), en la fama entre creyentes, en el poder...	En las cosas creadas, en las sensaciones pasajeras, en las vanidades de la vida, en la aprobación de los incrédulos...	En conocer a Dios, en tener comunión con El, en vivir para El...

	CARNE		ESPÍRITU
	LEGALISMO	LIBERTINAJE	EVANGELIO
FRUTO	De la Carne		Del Espíritu

Andar en el Espíritu

Si se detuvieron a reflexionar con calma el recuadro y comprendieron en que se diferencia el Evangelio de los falsos evangelios carnales legalistas y libertino, entenderán porque es tan importante detenernos una vez más en Efesios 2, que lo resume así:

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas. (Efesios 2:8-10)

Debemos no solo entenderlo intelectualmente, sino que analizarlos si lo vivimos, porque hay muchos cristianos intelectuales, que son ateos prácticos. Muchos evangélicos, que no conocen ni viven el Evangelio.

Debemos reconocer que dentro de todos nosotros hay un legalista que quiere auto salvarse y hacer méritos y piensa que merece el cielo y juzga a los demás porque no son tan buenos como yo. Y dentro de todos nosotros hay un libertino que transa la obediencia, que comete pecado argumentando que no es tan serio y que no es tan grave y que, total, no va a pasar nada. Nuestra carne caída es legalista y libertina a la vez y debemos luchar contra ella ¿Cómo?

Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas. (Efesios 2:10)

Detectar al fariseo y al legalista dentro de mí, es solo el inicio. El entender el “no por, sino para”, en lo concreto se vive en la última frase: cuando nos dedicamos a andar en el camino de buenas obras preparadas por Dios. Cuando enfocamos no solo en el No ser fariseo o libertino, en el No a la carne, sino que en el Sí al Espíritu, como dice Gálatas 5.

*Pero los que son de Cristo han crucificado
la carne con sus pasiones y deseos. Si
vivimos por el Espíritu, andemos también
por el Espíritu. (Gálatas 5:24-25)*

Nuestra vida cristiana no consiste solo en decirle que no a los deseos de la carne, sino que principalmente decirle que sí a los deseos del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es Dios y como tal tiene los deseos de Dios. ¿Qué deseos Dios? Glorificar al Padre y al Hijo y al Espíritu.

Si tienes al Espíritu Santo, Él pondrá en ti el deseo de: Orar, comunicarte con el Padre; de Leer la Biblia, es decir, conocer más a Cristo, porque toda la Biblia indica a Jesús; de Congregarte, porque ahí te juntas con los demás hijos de tu amado Padre celestial.

El Espíritu pondrá en ti el deseo de cantar alabanzas, porque ahí exaltas a Jesús; de Llevar a cabo obras de misericordia con el prójimo, porque alumbrando glorificas al Padre; de Predicar a otros el Evangelio, porque ahí indicas a la obra de Jesús.

El Espíritu Santo te pondrá el deseo de acoger a huérfanos y desvalidos, porque de esa manera replicarás con tu vida, lo que el Padre de huérfanos hizo por ti; de Visitar a los enfermos y a los ancianos, porque de esa manera serás las manos y los pies de Jesús; de ayudar y consolar a los extranjeros y pobres, porque de esa manera indicas al Padre de toda Consolación.

El Espíritu pondrá en ti el deseo de servir a tus hermanos en la congregación en cualquier servicio, ya sea en computador, cámaras, música, servidores, canastas familiares, etc., porque de esa manera servirás a Jesús, sirviendo a Su Cuerpo.

De orar por misiones y los pueblos no alcanzados y de dar e incluso ir a predicar el Evangelio donde nunca han escuchado de él, porque de esa manera llevas alabanza a Dios donde aún no la hay.

De ir a ayudar a limpiar la casa de un discapacitado.

De llamar por teléfono al descarriado.

De ir de voluntario a un hogar de niños.

De ir a la cárcel a pregonar libertad espiritual a los presos.

De consolar a los que están de duelo.

De sostener al débil.

De equipar al niño espiritual con palabra.

De orar por los enfermos.

De hacer, hacer, hacer para la gloria de Dios.

El que tiene al Espíritu Santo trabaja, se esfuerza, avanza, se levanta temprano, hace y hace, no para salvarse, sino porque ya es salvo.

Porque Dios trabajó e hizo primero.

Porque Dios le escogió por pura misericordia.

Porque Dios merece toda gloria.

Porque Dios merece una vida plenamente consagrada a Él.

La lógica es el amor, es la gratitud, es la gloria de Dios.

¿Ustedes creen que al enfocar en la multitud de deseos buenos que pone el Espíritu Santo, tendrás tiempo para dedicar a la

carne? En otras palabras, si pasas mucho tiempo peleando con la carne, diciéndole que no a sus deseos de ver carnalidades en las redes sociales y sus deseos de lucirse y sus deseos de hacer el mal, probablemente es porque no le has dicho que sí a los deseos del Espíritu. Porque hay tanto bien por hacer, que si estás ocioso y sin servir, es porque andas en la carne.

En cada esquina que uno mire hay necesidad y carencias, y eso significa que en cada esquina también hay una oportunidad para amar, para ayudar, para suplir, para hacer justicia, para alumbrar.

A mayor oscuridad, más alumbra una pequeña luz.

Cuando el mundo empeora y oscurece, los hijos de Dios, más trabajamos, más nos esforzamos, más hacemos buenas obras y más glorificamos a Dios. Cuando salgas de la casa en la mañana no vayas con la mira puesta en ti mismo, y tus planes, y tus sueños, y tus logros, sino que con la mira puesta en las cosas de arriba, diciendo: *“Señor, soy tuyo. Me gustaría ya estar en el cielo, pero estoy aún acá en la tierra. Soy tus pies, ¿a dónde voy? Soy tus manos, ¿a quién ayudo? Soy tu boca, ¿a quién hablo? Soy hechura tuya, quiero andar hoy en el camino preparado por Ti”*

¿Estás viviendo realmente el Evangelio o un falso evangelio?

¿Estás andando en el Espíritu, en ese camino de buenas obras preparado por Dios de antemano para ti, o en la carne?

Amados, no sigamos desperdiciando nuestra vida y valioso tiempo, hay mucho por hacer aún para gloria de Dios Padre.

POEMAS DE DIOS

Finalizaremos el presente libro profundizando aún más el mismo pasaje de Efesios 2 que venimos analizando estos últimos dos capítulos:

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para (→) que nadie se gloríe. (←) Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas. (Efesios 2:8-10)

Introduje dos flechas a los lados de la frase central “que nadie se gloríe”, pues ésa frase nuclear es argumentada tanto por lo que la precede (“por gracia sois salvos”), como por lo que la sucede (“para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano”).

Nadie se puede gloriar, pues la salvación es un regalo, y todo lo que hacemos una vez salvos, también es un regalo de Dios. Por tanto, verdaderamente nadie se puede jactar, ni debido al porqué fue salvo, ni debido a su recorrido como salvo.

Toda la gloria es de Dios.

SOMOS HECHURA

¡Por gracia somos lo que somos!

¿Y qué somos?

*... Que nadie se gloríe. Porque somos
hechura (gr. poiema) suya, creados en
Cristo Jesús para buenas obras, las cuales
Dios preparó de antemano para que
anduviésemos en ellas. (Efesios 2:9-10)*

El término griego de hechura aquí es *poiema*, de cuya palabra surge en el español el término *poema*, una creación artística de alguien.

¿Cómo ves tu propia vida? ¿Cómo entiendes tu vida? ¿Cómo interpretas todo lo que has vivido y estás viviendo?

Según la Biblia, tu vida es un poema de Dios. Una creación artística de Dios. Somos *poiema* Suyo.

Una buena creación artística, ya sea una novela o canción, necesita de líneas suaves de gozo, pero también de giros dramáticos.

Por ejemplo, cuando te juntas con amigos o familiares y se ponen a conversar de vivencias y experiencias y anécdotas, ¿qué cuentas? ¿Tomas tus vivencias más pacíficas y reposadas? (“*Cuéntate una anécdota*”, “*Ok, mira, el martes en la tarde estuve dos horas en la cama mirando el techo*”...) ¿No será más bien que escogemos para el relato las vivencias más mortales o dramáticas o chistosas, que en el momento no nos causaron para nada risa?

Una buena pintura requiere de luz y de sombra. Un buen poema, requiere de tintes dramáticos.

Tú eres un poema de Dios.

Dios está escribiendo una historia de redención que glorifica a Cristo de una manera única y especial.

Nada ha sido azaroso en como llegaste a Dios. Tal vez llegaste por una enfermedad; Dios está escribiendo tu poema revelándose como Sanador o el Consolador.

Tal vez llegaste sintiéndote solo en el mundo y un compañero te invitó; Dios está escribiendo tu historia revelándose como el Padre de huérfanos.

Tal vez llegaste casi por azar, porque estabas pasando por afuera o en la calle escuchaste al grupo de evangelismo; Dios está escribiendo tu historia de salvación revelándose como el gran Misionero que dejó todo para ir a llamar a los perdidos bajo los puentes y en las quebradas.

Tal vez llegaste porque los demonios te están oprimiendo y sientes que se mueven las cosas en tu pieza y te rasguñan y tiran las cosas; Dios está escribiendo tu historia de salvación como el Salvador Poderoso que derrotó al diablo.

Tal vez llegaste porque estás asqueado de todo tu pecado de inmoralidad sexual; Dios está escribiendo tu poema de vida como el Purificador que limpia con su sangre toda nuestra maldad.

Tal vez llegaste porque sencillamente sentiste en un momento un hambre espiritual insaciable; Dios está escribiendo tu poema como el único Pan de Vida que sacia para vida eterna.

¿Vamos entendiendo? Dios ha diseñado como artista creador una historia de conversión única y un recorrido único, para cada uno de Sus hijos, para que glorifiquen de una manera específica a Jesús el salvador y al Espíritu Santificador.

No sé qué piensas de ti mismo y de tu vida, pero te invito a que te veas según lo que la Biblia dice, ¿y qué dice? Que eres un poema de Dios, hechura suya.

No estás a la deriva en el río de la existencia, sino que estás diseñado por el Padre para gloria del Hijo. ¡Gloria a Dios!

Y esto nos lleva al punto siguiente.

Creación suya

*Porque somos hechura suya, creados en
Cristo Jesús para buenas obras, las cuales
Dios preparó de antemano para que
anduviésemos en ellas. (Efesios 2:10)*

Una obra pertenece a su artífice.

Nuestra nueva vida fue ideada y ejecutada por Él. Somos poeimas Suyos, así que no somos nuestros.

Tu vida no es tu vida. Mi vida, no es mi vida. Es Su vida, porque somos hechura Suya.

Tal vez quieres volver a estudiar, quieres cambiarte de ciudad, quieres comprarte un auto, quieres operarte, quieres abrir una empresa, quieres, quieres, quieres... la pregunta es: ¿Le preguntaste a tu Dueño, al Dueño de tu vida? ¿Le preguntaste a Dios?

Tal vez no le preguntaste y no lo tomaste en cuenta porque no sabías que eres de Él, pero quizás no le preguntaste porque sabes lo que te va a decir y no quiero escuchar esa respuesta. En ese caso no es un tema de ignorancia sino de desconfianza, de incredulidad, de no creer que Dios es Bueno. De no creer que su camino diseñado para ti es benigno.

Dios no te desea mal. El es tu Padre amoroso. ¿Por qué te habría de diseñar mal? ¿Acaso un padre humano de naturaleza caída no le da pan en vez de piedras al hijo con hambre? ¿Cuánto más el Padre amoroso? ¿Por qué no confías en Dios y le preguntas y le obedeces?

No le queremos hacer caso porque arrogantemente pensamos que nuestro diseño y nuestro plan es mejor que el del Creador. Dios ya te vio y diseñó una vida desde antes que existiera Chile y ¿tú pretendes tener un mejor plan para tu día, tu semana, tu mes y tu año?

Somos hechura Suya. Le pertenecemos.

Nuestro cuerpo le pertenece. No puedes llegar, marcar y transformar tu cuerpo sin preguntarle.

Nuestro tiempo le pertenece. No podemos llegar y planificar y agendar sin añadir un humilde: “Dios mediante”.

¡Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos; cuando no sabéis lo que será mañana. Porque ¿qué es vuestra vida? Ciertamente es neblina que se aparece por un poco de tiempo, y luego se desvanece. En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello. Pero ahora os jactáis en vuestras soberbias. Toda jactancia semejante es mala; y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado.
(Santiago 4:13-17)

Según este pasaje, ¿qué es “jactarse en soberbias”? Es hacer planes sin la consideración de Dios. Es tener todo tu futuro planificado como si lo pudieras controlar: “*Estudio, después trabajo, me caso, tengo hijos a los 40, cuando ya sea exitoso, etc.*”. Planes, planes, planes.

El problema no está en hacer planes. Es bueno ser ordenado. El pecado está en la soberbia de no considerar a nuestro Señor. La no consideración de nuestro Dueño. De nuestro artífice. Del que me dio la vida y la nueva vida.

El que sabe hacer lo bueno, que es disponerse diariamente para hacer lo que Dios quiere, y no lo hace, le es pecado. Es pecado caminar en nuestros propios planes, sin haber consultado a Dios.

Lo bueno es que Dios es tan bondadoso, que destruye nuestros planes, porque suelen ser planes muy malos, básicos y corto placistas. Nuestros planes no sobrepasan el par de décadas, en cambio los Suyos se proyectan perfectos por la eternidad. Piensa en esto: todo lo que te va a pasar hoy en la tarde y esta semana, en el plan de Dios tiene repercusiones e implicancias para la recompensa celestial que Él te va a dar en 1000 años más y en 1000 milenios más y en 1000 trienios más. ¿Acaso tu planificación es mejor?

Como Padre amoroso que desea lo mejor para nosotros, nos echa abajo nuestros sueños, nos arruina nuestros planes, para que así, sigamos Su propósito y plan que es infinitamente mejor y más conveniente. Esto inicialmente nos duele y hacemos berrinche, pero al final nos damos cuenta que nos conviene, porque Sus caminos son tan superiores a los nuestros, como lo son los cielos sobre la tierra.

Amada hija de Dios, no estés enojada con tu Padre celestial. Él te destruyó tu plan, tu sueño, porque te ama y te quiere proteger y te quiere proveer algo mejor, más eterno, más duradero, más perfecto.

No te enojas con Dios si te cambió los planes y te derribó tus sueños. Primero, Él está en su derecho de hacerlo. Somos de Él. Somos hechura Suya, Su poema, no nuestro poema. Segundo, nos conviene, porque Su hechura, Su poema, se proyecta hacia la eternidad y no solo por los siguientes diez años, como tal vez el nuestro.

Creados en Cristo Jesús

Más aún, tantísimo te ama tu Padre celestial, que para poder hacerte bien y permitirte caminar por un camino de bien, primero tuvo que lidiar con tu pecado. Porque tu pecado merece condenación y Él quería hacerte bien, así que tanto te amó, que envió a Su Hijo Unigénito, para que creas en Él, no te pierdas, sino que tengas vida eterna, un caminar eterno, lleno bien y lleno de vida.

Pero eso tuvo un costo.

Escribir tu poema de vida tuvo un costo.

¿Cuál? La vida de Cristo. Por eso el texto sigue así:

*Porque somos hechura suya, creados en
Cristo Jesús para buenas obras, las cuales
Dios preparó de antemano para que
anduviésemos en ellas. (Efesios 2:10)*

Somos una nueva creación, algo nuevo creado de la nada, nueva naturaleza, nueva vida, pero que surgió de un padre. ¿De quién?

¿De Adán? No. De él surgió nuestra antigua naturaleza. Adán es el padre de la antigua humanidad. Pero la nueva humanidad tiene otro padre, no Adán, sino que Jesús. Por eso Isaías 9:6 menciona a Jesús como “*padre eterno*”, no porque haya una confusión trinitaria en ese texto, sino porque se refiere a la paternidad de Jesús en cuanto a la nueva humanidad, el nuevo hombre, creado en Él, para ser formado a Su Imagen y gobernar junto a Él.

Pudimos nacer de nuevo debido a la vida perfecta de Jesús y Su obra en la Cruz.

Su santidad y Su sangre permitieron nuestro perdón, nuestra justificación y esa justificación, permitió que ahora todo el bien y la bondad de Dios se derramaran por una eternidad sobre nosotros, los que estamos unidos a Cristo.

Fuimos creados en Cristo Jesús. Esta nueva creación está unida a Jesús, solo en Jesús hay una nueva humanidad y una nueva creación. Así como salimos de los lomos de Adán en nuestra naturaleza caída, salimos de los lomos de Jesús en nuestra nueva naturaleza y eso tiene implicancias concretas en nuestra vida, que Pablo va a abarcar en el capítulo 4 diciendo:

*En cuanto a la pasada manera de vivir,
despojaos del viejo hombre, que está
viciado conforme a los deseos engañosos,
y renovaos en el espíritu de vuestra mente,
y vestíos del nuevo hombre, creado según
Dios en la justicia y santidad de la verdad.
(Efesios 4:22-24)*

Ese nuevo hombre que está en nosotros, cuyo espíritu ya tenemos, pero aún no su cuerpo glorificado, es creado por Dios en justicia y santidad. A los Corintios Pablo lo dijo así:

*De modo que si alguno está en Cristo,
nueva criatura es; las cosas viejas pasaron;
he aquí todas son hechas nuevas. Y todo
esto proviene de Dios. (2ª Corintios 5:17-
18)*

Sin la obra creativa de Dios en un ser humano espiritualmente muerto, no hay una nueva vida, pero una vez que por misericordia tiene una nueva vida, su pensar, hablar y actuar cambia, porque es una nueva creación.

Y lamentablemente, en éste punto, debido a nuestra egolatría, no podía el Espíritu Santo dejar afuera esa última frase (“*y todo esto proviene de Dios*”), para evitar malos entendidos respecto a quién crea la nueva creación.

Tú recuerdas tu antigua vida, quizás aún te atormenta o incluso vives aún sus consecuencias, PERO esa antigua forma

de razonar, de hablar y de actuar ya pasó. Ya murió. Ya nunca más volverás a ser esa persona. Esa persona quedó atrás.

Tú ya conoces a Jesús. El velo ya cayó. El corazón ya cambió.

Ya no puedes pecar igual que antes, porque ahora te duele pecar.

Ya no puedes hablar igual que antes, porque ahora tienes conciencia de Dios.

Ya no puedes actuar igual que antes, porque ahora sabes y conoces.

Si, es verdad que sigues luchando con el pecado, pero antes no luchabas con el pecado, sino que simplemente te dejabas arrastrar por el pecado. Hoy tú luchas.

Hoy estás conociendo a Cristo y queriendo ser parecido a él. Sigues cayendo de vez en cuando. Pero estas luchando. Vas mejorando día a día.

El Señor va completando año a año la obra en ti y si te comparas a como eras hace cinco o diez años, verás una gran diferencia para bien. Eres una nueva persona, y como tal tienes un nuevo camino:

*Para que nadie se gloríe. Porque somos
hechura suya, creados en Cristo Jesús para
buenas obras, las cuales Dios preparó de
antemano para que anduviésemos en ellas.*
(Efesios 2:9-10)

Somos un poema de Dios diseñado para buenas obras que glorifican a Dios.

Eres una nueva criatura, con nuevas lógicas, con un nuevo carácter, el de Cristo y un nuevo camino, no el camino de la tierra, sino el camino de buenas obras preparadas por Dios.

Eres nuevo.

Suelta el pasado. Suelta la amargura. Suelta lo que quisiste y nunca fue.

Suelta.

Eres nuevo.

Tienes un nuevo propósito, no los del mundo.

Tienes una nueva escala de valores, no los del mundo.

Tienes una nueva adoración, no las cosas que adora el mundo.

Deja el mundo. No puedes amar a Dios y amar al mundo.

Suelta la escala de valores del mundo, que pone en primer lugar el éxito profesional.

Eres parte de la nueva creación que aún no se estrena en lo físico y biológico, pero ya viene en camino. En ésa creación el valor que predomina es el amor.

Acá el machismo y el feminismo buscan hacer prevalecer el enseñoramiento y el poder. Pero allá, en la nueva creación, de la cual ya eres parte, lo que se valora es la mansedumbre, la humildad, la sujeción, el respeto, el amor.

Acá predomina el “*derecho*” al placer, a hacer lo que yo quiero y yo siento. Allá, en la nueva creación de la cual ya eres parte, predomina el deseo de glorificar a Dios haciendo todo lo que Él quiere porque confiamos en Él y le amamos.

Andando en ellas

¿Entiendes que eres una nueva criatura? Entonces anda en ese nuevo camino, anda en nueva vida, anda de acuerdo a ese nuevo ropaje, porque Dios preparó desde la eternidad un camino perfecto para ti, ¿para qué?

*Porque somos hechura suya, creados en
Cristo Jesús para buenas obras, las cuales
Dios preparó de antemano para que
anduviésemos en ellas. (Efesios 2:10)*

No camines por tu nueva vida cristiana amargado por la antigua vida que dejas atrás o amargada por como surgieron tus compañeras y no tú. ¿Acaso no crees que el plan de Dios es mejor que el tuyo?

¿Acaso no sabes que el mundo y el diablo orquestan toda esta vida terrenal para direccionarnos al abismo de muerte?

¿Acaso no debiéramos caminar gozoso haciendo el bien, sabiendo que nuestro amoroso Padre celestial preparó nuestro recorrido de vida de manera especial e íntima para nosotros y de una manera que tenga repercusiones preciosas en la eternidad futura?

No camines triste y envidiando al mundo. ¡Más bien camina gozoso sabiéndote *poema* de Dios!

¡Transita seguro por el nuevo camino, de la nueva vida, diseñada de manera bondadosa, desde la eternidad pasada, por nuestro Padre amoroso, que quiere que nos gocemos por toda la eternidad futura!

Eres hechura de Dios, creado en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que andes en ellas.

